

Un capítulo en la teología de la gracia. La salvación de los gentiles o no creyentes. Reflexiones de un joven misionero francés en la pampa argentina. Jorge María Salvaire (CM) y el cacique José María Railef (1874)¹

RESUMEN

El autor recrea en estas páginas el encuentro que en el año 1874 mantuvo el joven sacerdote francés Jorge María Salvaire (cm) con el cacique araucano José María Railef en el transcurso de la misión realizada en la toldería de la laguna “La Barrancosa”, ubicada en las cercanías de la actual ciudad de Bragado (Buenos Aires). El anciano cacique, hombre venerado y respetado por todos, a quien Salvaire cobró particular afecto desde el momento mismo en que lo conoció, decidió con llamativa firmeza iniciar el camino que lo llevaría a recibir los sacramentos de la iniciación cristiana. Precisamente el perfil moral del catecúmeno motivó en el misionero una serie de interesantes reflexiones en torno al problema de la salvación de los gentiles o no creyentes, inspirándose en el Nuevo Testamento, la tradición patristica y Santo Tomás de Aquino.

Palabras clave: Tribus indígenas de la provincia de Buenos Aires, Bragado, Cacique José María Railef, P. Jorge María Salvaire, misiones, religiosidad

A CHAPTER OF THEOLOGY OF GRACE. THE SALVATION OF THE GENTILES OR UNBELIEVERS. REFLECTIONS ON A YOUNG FRENCH MISSIONARY IN THE ARGENTINE PAMPAS. JORGE MARÍA SALVAIRE (CM) AND THE INDIAN CHIEF JOSÉ MARÍA RAILEF (1874)

ABSTRACT

The author recreates in these pages the meeting of the young French priest Jorge María Salvaire (cm) with the Araucanian Cacique José María Railef in 1874 during the

1. Este texto constituye una apretadísima síntesis de un amplio estudio dedicado a la misión de “La Barrancosa” (Bragado, Buenos Aires) que figura en mi libro *En los toldos de Catriel y Railef. La obra misionera del Padre Jorge María Salvaire en Azul y Bragado*, Buenos Aires 2002,

mission in the “toldería” (indigenous camp) of the “La Barrancosa” lagoon, in the area of the current city of Bragado (province of Buenos Aires). The old cacique, a revered and respected man, to whom Salvaire had a particular affection since the day he met him, decided with remarkable courage to undertake the journey that would bring him to receive the sacraments of Christian initiation. Indeed, the moral silhouette of the catechumen motivated in the missionary a series of interesting reflections on the problem of salvation of the gentiles or non-believers based on the New Testament, the patristic tradition and Saint Thomas Aquinas.

Key Words: Buenos Aires’s Indigenous Tribes, Bragado - Cacique José María Railef, P. Jorge María Salvaire, missions, religiosity

INTRODUCCIÓN

El episodio misionero al que se refiere el presente artículo invita al lector a trasladarse imaginativamente al incipiente pueblo de Bragado, provincia de Buenos Aires, fundado por el sargento mayor Eugenio del Busto en marzo de 1846, a orillas de la “Laguna del Bragado Grande”, que por entonces señalaba los deslindes entre los cristianos y el misterioso territorio poblado por la presencia inquietante de las tribus. Al respecto resulta interesante señalar que entre la primitiva población figuró un nutrido componente indígena. Se trata de las tribus amigas de los caciques Martín Collinao († 1854), Pedro Milenao († 1863) y José María Railef († 1874), acantonadas en las inmediaciones, cuyos integrantes estaban afectados por el gobierno al servicio defensivo de las fronteras (guardias nacionales). Estos caciques también recibieron sus lotes y solares, donde construyeron los ranchos con techos de paja. Terminando por radicarse, en el caso de Railef, a orillas de la pintoresca laguna “La Barrancosa”, distante unas cuatro leguas del mencionado pueblo.

Por tanto, es necesario retrotraerse a fines de julio de 1874, cuando el joven misionero lazarista o vicentino, de origen francés, de tan sólo

397-558 (con su correspondiente apéndice documental). Dos motivos me impulsan a publicarlo: divulgar uno de los capítulos más significativos de la actividad misionera con los indígenas en la segunda mitad del siglo XIX en la Argentina; y contribuir a difundir la figura y la obra del P. Salvaire en el año que se dan los primeros pasos para introducir la causa de beatificación como gran apóstol de la Virgen de Luján.

veintisiete años, Jorge María Salvaire (cm),² arribó al lugar con la intención de secundar el compromiso pastoral asumido por el arzobispo de Buenos Aires, Federico León Aneiros, con la tribu pacificada del último cacique mencionado.³ Comencemos entonces por conocer las circunstancias que rodearon el encuentro entre los protagonistas de esta conmovedora historia misionera; y presentar luego las reflexiones teológicas a que dieron lugar la figura y la bondad natural de aquel viejo cacique que terminó sus días en el Santuario de Luján a la espera de viajar a Buenos Aires para que el arzobispo Aneiros le administrara la confirmación para cumplir su ferviente deseo de completar la iniciación cristiana, pues ya había recibido durante la misión el bautismo y la primera comunión, amén de haber contraído matrimonio.

1. El escenario del encuentro

En el año 1863 el gobierno de la provincia de Buenos Aires terminó por concederle a la tribu amiga del cacique araucano Pedro Melinao⁴ dos leguas cuadradas de campo en las proximidades del naciente pueblo de Bragado, a modo de retribución por los valiosos servicios prestados a lo largo del proceso de ocupación de los territorios fronterizos.

En varias oportunidades el anciano cacique presentó al gobierno la solicitud formal de cesión de las tierras, pero sin éxito alguno.⁵ Al

2. Nació en Castres (Francia) en 1847; y llegó a Buenos Aires en 1870, recién ordenado sacerdote, para incorporarse al plantel de profesores del colegio "San Luis Rey de Francia", recientemente creado por los lazaristas o vicentinos. En 1872 pasó a la Villa de Luján como integrante del grupo de lazaristas que se hicieron cargo de la atención pastoral del Santuario. En 1874 fue destinado a la casa-misión de Azul (Bs.as) para promover la evangelización de la tribu del cacique Cipriano Catriel. Regresó a Luján en 1876 para encargarse de cumplir con el voto contraído con la Virgen de Luján que lo había salvado milagrosamente de inminente muerte en un visita apostólica que realizó a los toldos del cacique Manuel Namuncurá: escribir su historia, difundir su culto y construirle un nuevo templo. Entre sus múltiples obras apostólicas se cuenta la construcción de la Basílica de Luján. Falleció inesperadamente en Luján, a causa de una severa crisis cardíaca, el 4 de febrero de 1899, en fama de santidad. En el presente año se inicia el proceso de su posible beatificación, junto con el Negro Manuel, el fiel esclavo de la Virgen de Luján. Una breve síntesis biográfica en J. G. DURÁN, *El Padre Jorge María Salvaire y la familia Lazos de Villa Nueva. En los orígenes de la Basílica de Luján*, Buenos Aires 1998, 45-86.

3. Véase, S. L. COPELLO, *Gestiones del Arzobispo Aneiros en favor de los indios hasta la conquista del desierto*, Buenos Aires 1945, 103-130.

4. Véase, M. HUX, *Caciques Borogas y Araucanos (= CBA)*, Buenos Aires 2004, 285-296.

5. Ley N° 1978. Tierras Públicas. Se conceden dos leguas a la tribu de Melinao. Buenos

punto de peticionar el permiso de viajar a Buenos Aires con el fin de gestionar personalmente la efectiva donación, deseo que no pudo ver cumplido pues falleció de enfermedad natural el 27 de junio de 1863, siendo sepultado en Bragado. Murió con la esperanza que su tribu viviera en paz y en su propia tierra. Con él desaparecía una de las grandes figuras de estirpe araucana radicadas en la Argentina, considerado unos de los “caciques más importantes de la independencia”, por su fidelidad y patriotismo al terruño que lo amparó. Contra la expectativa de muchos, el coronel Julio de Vedia dispuso que el anciano cacique José María Railef fuese el sucesor, hombre venerado y respetado por todos, a quien Salvaire cobró particular afecto desde el momento mismo que lo conoció.⁶

Se trataba de un campo de 5.399 hectáreas, conocido como “La Barrancosa”, por la extensa laguna de altas barrancas, situado en el Cuartel VII del Partido de Bragado, a la altura de la actual localidad de Olascoaga, en las proximidades del viejo camino que conducía al paraje conocido como “Clalauquén” (Tres Lagunas), lugar donde el coronel Julio de Vedia había levantado con la colaboración de la tribu la nueva comandancia y pueblo de Nueve de Julio.

A su vez, por el lado noroeste, las tierras eran atravesadas por los brazos del Arroyo Saladillo, que forman la cañada del mismo nombre; y por el noreste, limitaban con la estancia “San Francisco” del irlandés Diego Kavanagh, amigo de la tribu y promotor, entre otros, de su evangelización. Alrededor de la laguna, de más o menos dos kms. de largo y cinco de ancho, y en las cercanías de otras lagunas menores, se encontraban diseminados los toldos y precarios ran-

Aires, Septiembre 5 de 1863 (A. PRADO Y ROJAS, *Leyes y decretos promulgados en la Provincia de Buenos Aires desde 1810 a 1876*, Buenos Aires 1887, VI, 273). No obstante las disposiciones vigentes, la tenencia efectiva de dichas tierras se tornaba en la práctica precaria, pues en muchos casos las mismas quedaban a merced de algún ulterior plan colonizador, pasando a ser alquiladas o vendidas a nuevos pobladores. Así lo demuestra, por ejemplo, una solicitud del coronel Juan Cornell, dirigida al Superior Gobierno, fecha 17 de abril de 1866, referida a varios reclamos por concesión de campos ocupados ya por los indios: “Se han quejado los caciques que desde Bragado hasta Bahía Blanca dan en concesión tierras en arrendamiento o compra sobre las mismas extensiones de campo que ellos ocupan desde hace años; y las han solicitado en propiedad. Piden que se suspendan dichas concesiones. El Departamento Topográfico debe tener conocimientos de las tierras de frontera para expandirse” (HUX, CBA, 302).

6. Como el hijo primogénito de Melinao, también llamado Pedro, falleció en 1837, Ramón Luis reclamó el derecho a sucederle, pero su prematura muerte, en 1866, silenció todo reclamo.

chos de los indígenas, dedicados a la cría de ganado, preferentemente majadas de ovejas.

Al arribo de Salvaire al lugar, a mediados de julio de 1874, la tribu había vuelto a afincarse en el lugar, tras varios años de ausencias más o menos prolongadas. Éstas tenían su origen en el desplazamiento del grueso de la indiada al recién fundada población de Nueve de Julio, nueva avanzada fronteriza que reclamaba su presencia como personal afectado en forma permanente al Cuerpo de Línea de la frontera Centro–Oeste. A fines de octubre de 1863, siguiendo a la tropa del coronel de Vedia, se habían trasladado allí los hombres con sus respectivas familias, siendo abandonadas las casas en el pueblo de Bragado, ahora en ruinas, y despoblados los campos de “La Barrancosa”.⁷

Al cabo de cinco años de permanencia en la frontera, la tribu sintió nostalgia de sus campos y pertenencias, circunstancia que llevó al cacique Railef a solicitar al Ministro de Guerra, Martín de Gainza, el relevo del servicio activo, requisito indispensable para regresar a Bragado sin ser declarada desertora; y así emprender una vida sedentaria, signada por la laboriosidad y las buenas relaciones con los cristianos de la vecindad. Así expresaba el cacique su petición en el transcurso de un viaje realizado a Buenos Aires con tal fin:

“Que a nombre de dicha tribu vengo a pedir a V.E. se digne concederme la separación del servicio activo que actualmente prestamos en el “9 de Julio” por las razones que paso a exponer. Esta tribu, Exmo. Señor, como primeros pobladores del Bragado tienen sus casas allí (hoy en ruinas), un área de campo concedida por el Exmo. Gobierno de la Provincia, donde todos en comunidad tienen sus pocos animales, a los que no han podido atender por hallarse hace cinco años de guarnición en el “9 de Julio”; motivo por el cual sus casas se ha arruinado y la tribu disminuido, pasándose a la del cacique Coliqueo (...) Los que han quedado formándola hoy son hijos de la tribu Araucana que en 1827 fueron a poblar Bahía Blanca, permaneciendo éstos siempre formando parte de los Cuerpos de Línea que han guarnecido las fronteras de la provincia. Hoy ya están aclimatados a las costumbres del país; desean poder trabajar para sostener sus familias; y que V.E. tomando en consideración sus muchos años de servicio, su fidelidad, su constancia, tanto en la prosperidad como en las desgra-

7. Al parecer, el coronel de Vedia pretendía trasladar a 9 de Julio toda la tribu, pero los caciques se resistieron, solicitando al presidente Bartolomé Mitre permanecer en sus casas y campos. Al fin partieron unos 40 indios con sus familias; mas a principios del mes de diciembre el número había aumentado: el campamento reunía a 800 soldados y 87 indios amigos (HUX, CBA, 299).

cias, se digne acordarles pensión que las leyes patrias acuerdan a sus leales servidores; estando siempre dispuestos a prestar nuestro servicio toda vez que haya invasión en la frontera oeste; lo mismo que acompañar las fuerzas que llegasen a expedicionar al desierto.”⁸

2. Composición de la tribu

¿Es posible establecer la población total de la tribu, aunque sea aproximadamente? Este dato resulta de sumo interés para evaluar los alcances de la futura obra misionera de Salvaire, sobre todo en cuanto a intentar fijar el número de los posibles destinatarios de la misma. Lamentablemente se carece de datos contemporáneos inmediatos a su desarrollo; pero sí contamos con un recuento de población muy cercano en el tiempo, del año 1869, al momento en que la tribu acantonada en Nueve de Julio tramitaba el regreso a su antiguo emplazamiento, como acabamos de ver.⁹

Este recuento puede servirnos, aunque más no sea, para intentar establecer una cifra estimativa de cuántos miembros podían integrarla cinco años y medio después, radicada de nuevo en los campos de “La Barrancosa”, dispuesta a recibir la visita de los misioneros pedidos al arzobispo de Buenos Aires, Federico L. Aneiros.

Según el informe mencionado, la tribu, por entonces muy disminuida¹⁰, contaba con: 1 cacique mayor (José María Raylef); 2 capitanejos (Francisco Coñiquir y Mariano Calderón); 4 sargentos (Gabriel Nagüel, Cristóbal Melinao, Antonio Pascual y Juan José Guayquilao); 3 cabos (Martín Leniman, Pancho Catrinao y Andrés Tatalao); 30 soldados; 4 muchachos; 62 mujeres; y 106 niños. Total: 212 personas.

Sin embargo, creemos que este número debe ampliarse en razón

8. *Carta del Cacique José María Railef al Ministro de Guerra, Martín de Gainza. Buenos Aires, 27 de Enero de 1869.* ASHI (Archivo Servicio Histórico del Ejército), Frontera Centro (Oeste), 27-4827, fol. 1 r-v. La autorización de relevo fue dada meses después por el presidente Domingo F. Sarmiento.

9. *Lista nominal de Oficiales, Tropa y Mujeres* que Railef adjunta a la carta mencionada en nota anterior.

10. Las expresiones empleadas por la carta son: “la tribu ha disminuido, pasándose a la [vecina] del cacique Coliqueo, cuyo diminuto número hoy se compone de los que manifiesta la *Lista* que adjunto” (fol. 1r).

de los indios que habían pasado a la vecina tribu de Coliqueo, y los que posiblemente permanecieron en Bragado o sus cercanías, sin integrarse a la expedición del coronel de Vedia. No sería arriesgado entonces pensar en unos 300 integrantes, como para redondear una cifra determinada. Como carecemos de noticias respecto a la presencia, en años posteriores, de alguna epidemia o infortunio que se hubiese abatido sobre la tribu, afectando sensiblemente la densidad de su población, pensamos que la misma debió mantenerse sin mayores oscilaciones para la fecha que nos ocupa.¹¹

3. Origen de la pequeña misión

Desde los primeros tiempos de la fundación el cantón y pueblo de Bragado fue visitado por algún sacerdote dispuesto a realizar misiones volantes, celebrándose entonces bautismos, comuniones y casamientos entre las familias de la tropa y vecinos recién afincados. En junio de 1852, el obispo de Buenos Aires, Mariano J. Escalda, con motivo de una gira pastoral que lo llevó a la parroquia vecina de 25 de Mayo, pasó hasta Bragado, acompañado por algunos padres jesuitas con el fin de predicar una breve misión; y regresó con idéntico propósito en junio de 1854, asistido también por un equipo de colaboradores. Lográndose crear la parroquia a principios de 1857, una vez que concluyó la construcción de una modesta capilla, procediéndose a la inauguración oficial el 8 de diciembre, siendo puesta bajo el patrocinio de “Santa Rosa de Lima” por expresa indicación de monseñor Escalda. Fue su primer párroco el sacerdote italiano Luis Leonetti, que permaneció al frente de la misma hasta mediados de junio de 1870.

A fines de 1872 el nuevo arzobispo de Buenos Aires, Federico León Aneiros, visitó Bragado en ocasión de una gira pastoral que comprendió varias poblaciones del oeste bonaerense. También lo hizo con la intención de predicar una misión, ayudado de algunos sacerdotes, seculares y religiosos. Entre las personas que en dicha ocasión se acercaron a saludarlo figuró el cacique Railef, decidido a petitionar la ayuda necesaria para entrar en el seno del cristianismo y procurar el

11. En el verano de 1868 se desató una gran peste en el oeste bonaerense, afectando particularmente a los “indios amigos” de las tribus de Railef y Rondeau, muriendo 300 integrantes.

mismo beneficio para los integrantes de su reducida tribu, según lo señala el propio Salvaire en un informe que redactó con el fin de dar a conocer a sus superiores los antecedentes de la misión en la tribu y los halagüeños frutos alcanzados.¹²

Ante el inesperado pedido, el Arzobispo gratamente impresionado, le recomendó que perseverara en sus buenas intenciones a la espera de recibir en la tribu algún abnegado sacerdote que pudiera enviar resuelto a ayudarlo en ese sentido. Pero por el momento nada podía prometérselo en firme. Mientras tanto, no era cuestión de perder tiempo y desaprovechar la oportunidad. En este sentido, el cacique podía dar comienzo a su propio itinerario catequístico mediante la ayuda de algún buen cristiano de la población, dispuesto a trasladarse hasta la tribu para enseñarle las oraciones más necesarias y los principios de la doctrina cristiana. El cacique se manifestó dócil frente al consejo del obispo y pronto comenzó la instrucción en orden a recibir el bautismo, no sin manifiestas dificultades de comprensión.

No obstante ello, Aneiros mantuvo con firmeza el compromiso asumido; y le prometió apresurar la realización de una misión, no bien consiguiera el personal necesario. Cosa que recién ocurrió el 3 de octubre de 1873, cuando firmó el contrato con los lazaristas o vicentinos que asumieron la evangelización de las tribus de la provincia de Buenos Aires, para tomar luego rumbo a los territorios pampeanos-patagónicos. Más al momento de decidir el lugar del envío de los primeros misioneros, las circunstancias aconsejaron comenzar la obra en el pueblo de Azul, para favorecer la evangelización de la tribu de Cipriano Catriel que, en el caso de éxito, podía constituirse en apropiada plataforma para posteriormente llevar el mensaje a las tolderías del desierto, más allá de la nueva línea de frontera, fijada en la comandancia de Sanquilocó o Lavalle Sur. Por esta razón la misión de “La Barrancosa” se demoró hasta mediados de 1874, asumiéndola Salvaire, por entonces en la casa-misión de Azul, y el religioso bayonés Enrique

12. *Informe sobre la misión en la tribu del cacique José María Railef (La Barrancosa – Bragado). Azul, enero o febrero de 1875 (= MTR)*. Manuscrito en francés, compuesto de 32 fols., numerados de ambos lados y 4 fols. más, sin numerar (especie de sumario o índice). Primer borrador que Salvaire pensaba enviar al P. Emilio George (cm), párroco de Luján, quien se lo había pedido para remitirlo a París en vista a una posible publicación en los *Annales de la Congrégation de la Mission* (Archivo Provincial de la Congregación de la Misión, Buenos Aires, Copiador Salvaire). De ahora en más este escrito constituye la fuente principal de información de la que nos servimos.

Cescas, del colegio San José de Buenos Aires. La misma se prolongó por espacio de dos meses y medio.

4. Llegan los esperados misioneros

Los aludidos contratiempos no desalentaron al buen cacique, quien a la espera de ver hecha realidad la promesa de una pronta misión, acudió en repetidas oportunidades al párroco de Bragado, José María Salgado,¹³ en busca de consejo y doctrina. Éste asumió en forma provisoria la preparación religiosa del cacique y algunos otros indios que aspiraban a recibir el bautismo y luego casarse. Para ello aprovechó las visitas periódicas a la estancia “San Francisco” de la familia Kavanagh, en las cercanías de la tribu, a donde concurría para la celebración de la misa a los pobladores de la zona. Allí se reunió varias veces con este grupo de catecúmenos para fortalecerlos en sus propósitos y enseñarles las nociones básicas del catecismo.

Pero no obstante ello, los adelantos habían sido mínimos pues se presentaban varias dificultades no fáciles de superar, como ser: lentitud en el aprendizaje (“tener la cabeza un poco dura”, como ellos mismos decían); imposibilidad de conseguir un maestro catequista (aún pagándole), decidido a residir por un tiempo en “San Francisco” para así agi-

13. Lamentablemente su nombre no figura en *Diccionario biográfico del clero secular de Buenos Aires (1580-1950)* de F. AVELLÁ CHÁFER. Buenos Aires, 1983-1984. Por artículos periodísticos de la época se sabe que nació en La Coruña (España) en 1840 y que se vio obligado a emigrar a la Argentina amenazado por los desórdenes políticos del momento, a raíz de la revolución de 1868, cuando se desempeñaba como capellán de artillería en su ciudad natal. Desde joven sacerdote se destacó por su espíritu caritativo, facilidad de palabra y seria formación intelectual. En diversos momentos residió en Buenos Aires y Montevideo, donde se desempeñó como profesor en el Liceo Universitario de dicha ciudad. Figura entre los fundadores del Hospital Español de Buenos Aires y fue miembro de las Sociedades de Socorros Mutuos Españolas y de la Sociedad de Auxilios de España. Entre sus preocupaciones se cuenta la protección que dispuso a los inmigrantes españoles, preferentemente a los gallegos más pobres, ofreciéndoles las ayudas necesarias para su subsistencia hasta tanto consiguieran trabajo, o facilitándoles el viaje de regreso. En 1890 resolvió volver a España donde siguió ejerciendo idéntico ministerio caritativo que lo llevó a fundar y dirigir, en 1893, la “Escuela Gratuita de Niños Pobres de la Coruña”, en el Campo de La Leña, al que sumó un sección para ciegos y sordomudos, emprendimiento pionero en su tipo. Este “espíritu filantrópico”, como se decía en la época, explica el marcado interés que demostró en la evangelización de sus feligreses indígenas durante su curato de Bragado, al igual que en la promoción de diversas iniciativas benéficas que contribuyeran al adelanto del pueblo. Con el correr de los años recibió, en reconocimiento de sus múltiples labores, varios diplomas honoríficos por parte de diferentes asociaciones científicas y literarias, españolas y extranjeras.

lizar la correspondiente instrucción; y la incomprensible indiferencia del joven cacique Pedro Melinao (hijo de Ramón Luis Melinao y sobrino de Railef), quien a pesar de ser cristiano, y saber además leer y escribir el castellano correctamente, no mostraba interés en prestar colaboración alguna en este sentido.¹⁴

Ante tal situación, el afligido párroco, consciente que mediaba desde hacía año y medio la palabra formal del Arzobispo de enviar misioneros a la tribu para completar la obra evangelizadora, y que entre tanto su trabajo personal en semejantes condiciones resultaba prácticamente estéril, resolvió recurrir a éste en busca de consejo. Así lo hizo en carta del 12 de abril de 1874, puesta en manos del P. Bartolomé Mota, párroco del Pilar de Buenos Aires, por entonces de paso por Bragado y de regreso a la capital:

“Aprovecho –escribe– la buena ocasión que me proporciona el Sr. Cura D. Bartolomé Mota para manifestar a V. E. que el cacique Railef y otros indios más de su pequeña tribu, están deseando hacerse cristianos y después casarse algunos de ellos, entre los que entra el anciano Railef. Yo fui algunas veces a lo del Sr. Kavanagh a celebrar misa en su capilla; y allí a indicación mía han llegado algunos indios de «La Barrancosa», que está cerca. Les prediqué el Evangelio del reino de los cielos y exhorté todo lo posible para que aprendiesen lo más principal a fin de recibir el santo bautismo. Hoy parece que ya saben algo, no obstante su cabeza un poco dura, como ellos dicen. El cacique Railef vino más tarde al Bragado para hablar conmigo. Sabe algunas oraciones y me prometió aprender algo más. Dice también «que su cabeza está muy dura porque es viejo, pero que él cree todo lo de Dios y de nuestra santa Religión; y que quiere ser cristiano, casarse y salvar su alma.». Pedro Melinao, que es el que podía hacer mucho por los otros indios, porque es el más instruido, parece que no quiere molestarse. Él es cristiano e india infiel la mujer con quien vive, hermana de otra que tuvo; resiste a mis amonestaciones y parece no quiere sujetarse a lo que es debido para hacer cristiana su india y casarse. Deseo y espero que V. E. me diga lo que debo hacer con estos infelices indios. Dentro de pocos días pienso volver a lo del Sr. Kavanagh y llamarlos allí para ver a que altura se encuentran. Lo peor es que ni pagando hallo quien quiera estar en «La Barrancosa» (paraje donde viven los indios) para instruirlos”.¹⁵

14. De niño frecuentó en Bragado la escuela de varones de don Juan de Milburg, destacándose como alumno sobresaliente, tanto en letras como cuentas. Por su preparación actuó como secretario y gestor de trámites oficiales del cacique Railef (HUX, CBA, 153–155).

15. *Carta del Párroco de Bragado P. José María Salgado a Monseñor Aneiros. Bragado, 5 de Abril de 1874*, en COPELLO, o.c., 104-105. Salvaire transcribe fragmentos de la carta en MTR, fols. 7-8.

¿Cuál fue la reacción del Arzobispo al leer dicha carta? Los comentarios y preocupaciones del párroco, desbordado por los reclamos de la feligresía indígena, terminaron por convencerlo de que la misión no podía demorarse más. ¿Pero a qué sacerdotes encomendar la tarea? Entre los meses de abril a junio, se mantenía aún viva la secreta esperanza de ver llegar desde París a otros lazaristas, destinados por sus superiores a reforzar la “misión de los indios” comenzada en Azul. Ello permitiría que uno de los ya entrenados (Salvaire o su compañero Fernando Meister) pudiera desplazarse a Bragado para cumplir a la brevedad con la promesa efectuada al anciano Railef.

Mas como los misioneros no llegaron, y el cacique insistía en su deseo de recibir el bautismo antes de morir, el Arzobispo resolvió igualmente destinar, al promediar el mes de junio, a uno de los dos sacerdotes radicados en Azul para asumir la predicación de la tan reclamada misión. Al fin, recayó la tarea sobre Salvaire, por entonces el más experimentado en cuestiones de indios, quien contó con la colaboración del mencionado P. Enrique Cescas.¹⁶ He aquí las circunstancias que rodearon el envío, según la pluma del mismo Salvaire:

“Cuando monseñor Aneiros tomó conocimiento de la carta del Párroco de Bragado, prometió enviar lo más pronto posible un misionero a esos pobres indios, quienes por su perseverancia y sus insistentes ruegos demostraban cuán grande era la buena voluntad que los animaba. Su Excelencia tenía todavía la esperanza de que un refuerzo de París permitiera a uno de los misioneros establecidos en el Azul, alejarse durante algún tiempo de ese lugar, para así facilitarle el cumplimiento de este objetivo. Los meses de abril, mayo y junio pasaron sin que los misioneros esperados llegaran; y Monseñor no se decidía a pedir que uno de los dos misioneros del Azul se dedicara a realizar esta misión del Bragado.

16. Pertenecía a la Congregación de los Presbíteros del Sagrado Corazón de Jesús, fundada por Miguel Garicoits en 1835, junto al Santuario de Ntra. Sra. de Betharram, en la diócesis de Bayona (Francia). De ahí que en América se los conociera como “Padres Bayoneses”. Nació en 1840 en Bellocq (Bajos Pirineos, Francia). Llegó a Buenos aires en septiembre de 1864 para incorporarse a la comunidad sacerdotal del Colegio San José, ubicado en las inmediaciones de la Plaza Miserere. Tuvo discreta actuación en el colegio, pues pronto fue agregado como capellán a la Iglesia de San Juan Bautista, en Buenos Aires. Se dedicó particularmente a la pastoral con los jóvenes, al ministerio de la confesión y al cuidado de los enfermos, sobre todo en el Hospital Francés. Falleció el Buenos Aires el 21 de diciembre de 1888, al ser atropellado por un tranvía a caballos. En el sepelio pronunció un discurso José Manuel de Estrada, profundo admirador de sus virtudes apostólicas.

Sin embargo, hacia mediados del mes de junio vino a Buenos Aires, el hijo mayor de ese Señor Kavanagh (del cual le hablé en la carta del Cura del Bragado y que voy a presentarle más adelante),¹⁷ encargado por el cacique Railef de recordar a Monseñor sus promesas e insistir nuevamente en su pronta realización. El cacique hacía decir al Arzobispo que sentía próximo el fin de su vida y que le suplicaba no lo dejase morir sin bautismo. Monseñor creyó que no podía dilatar esto por más tiempo. Pidió entonces que uno de los dos misioneros establecidos en el Azul se dirigiese al Bragado; y es así como yo fui elegido para esta pequeña misión. Tuve la dicha de contar con la cooperación en esta misión de un excelente sacerdote francés de la Congregación del Sagrado Corazón de Bayona, el digno Padre Enrique Cescas, quien contribuyó poderosamente al éxito obtenido y cuyo recuerdo no se borrará nunca de mi memoria ni de mi corazón”.¹⁸

Los dos misioneros llegaron a Bragado el 19 de julio de 1874, fiesta de San Vicente de Paul, fundador de la Congregación de la Misión, coincidencia que podía considerarse de buen augurio para debutar en el desarrollo de la nueva obra evangelizadora. No sabemos si partieron juntos desde Buenos Aires, o si se encontraron en Luján, pues es posible que el primero, al regresar de Azul, haya efectuado una visita al Santuario, lugar donde había desempeñado el ministerio por espacio de casi dos años y al cual se sentía ligado por fuertes lazos afectivos. En cualquiera de los dos casos, el ferrocarril del Oeste los trasladó hasta Chivilcoy; y de allí la galera se encargó de transportarlos hasta el pueblo de Bragado¹⁹, en cuyas inmediaciones, a unas tres leguas, se encontraba afincada la comunidad indígena objeto de la solicitud evangelizadora del Arzobispo.

5. El generoso anfitrión

Los viajeros, no bien llegaron a Bragado, saludaron al párroco,

17. Diego Garret Kavanagh Coghlan, hijo varón mayor (1848-1893). Véase, E. A. COGHLAN, *Los Irlandeses en la Argentina. Su actuación y descendencia*, Buenos Aires, 1987, 510.

18. SALVAIRE, MTR, fols. 10-11.

19. Recién en el mes de junio de 1877 el ferrocarril llegó a Bragado, cuando se libró al servicio público la línea que hasta esos momentos llegaba sólo a Chivilcoy.

el José María Salgado, celebraron la misa, y al día siguiente abandonaron el caserío para dirigirse a la estancia “San Francisco”, sede de la futura misión. En ese lugar residirían los dos sacerdotes; y desde allí, visitarían con frecuencia la toldería cercana. Vengamos, por lo tanto, a conocer más de cerca a don Diego Kavanagh y Byrne²⁰ y a su familia, quien por espacio de dos meses alojó y rodeó de cálidas atenciones a los misioneros.²¹

Se trataba de un inmigrante irlandés de 59 años, viudo, fervoroso católico, con varios hijos. Había llegado al país a principios de 1851, acompañado de su primera esposa, Ellen Coghlan y Rossiter, poblando de inmediato la estancia “Los Leones” en Merlo. Muerta ésta al año siguiente, al dar a luz a hijas mellizas, se casó en segunda nupcias, en noviembre de 1853, con María Mac Kiernan y Mac Elheran, a quien Salvaire ya no conoció por haber fallecido en 1871. Del primer matrimonio habían nacido cinco hijos: María Elena, luego religiosa del Sagrado Corazón, Diego Garret, Isabel († 1866) y Margarita, melliza con Elena que falleció de niña; y del segundo, ocho: Eduardo, Arturo Daniel, Mercedes Cecilia, Francisco, Elena María, Juan Patricio y Gerardo Alejandro (falleció en la infancia). Varios de ellos se encontraban en la estancia al momento de la misión; incluso algunos asumieron el padrino de los indios, junto con su padre, al momento del bautismo o del matrimonio.

Se instaló en la zona de Bragado hacia el año 1855, ocupando un campo en alquiler, de dos leguas cuadradas de extensión, cedido por don Enrique A. Wyatt Smith, situado a legua y media del ejido del pueblo. Tierras de propiedad pública que pudo comprar el 10 de agosto de 1869, siendo escrituradas a su nombre el 5 de noviembre de ese mismo año. Así formó la estancia “San Francisco”.²² Según el plano de

20. E. A. COGHLAN, o.c., 509-511.

21. Así recuerda el P. Salgado el arribo de los misioneros: “Algunos días después de recibir su muy grata fecha 2 del pasado con que se ha dignado favorecerme –le dice al Arzobispo– han llegado a este pueblo los padres misioneros, Dn. Jorge María Salvaire y Dn. Enrique Cescas, que en la misma me indicaba. Desde aquí los acompañé hasta la estancia del Sr. Diego Kavanagh, cuyo Sr. y familia los recibieron con el mayor placer, por cuando hacía ya días los esperaban con ansia” (*Carta al Arzobispo Aneiros. Bragado, 16 de agosto de 1874*, en COPELLO, o.c., 107).

22. Con una superficie de 5.399 hectáreas. Lindaba: “al Nordeste con la testamentaría de Dn. José Pérez y con Dn. Clodomiro Aranguren; al Sudeste con el Cacique Melinao; al Sudoeste con Dn. Joaquín Aispurú y Dn. José Michat; y al Nordeste con D. José Becar” (*Duplicado de la diligencia de Mensura de un terreno perteneciente a la testamentaría de Dn. Diego Kavanagh, situado en*

la estancia, la misma contaba con importante casco y con cinco puestos; y era atravesada por el camino que unía Bragado con Nueve de Julio, en dirección a la “Laguna del Pozo Pampa”, situada unas tres leguas más adelante.²³

La relación de los misioneros con la familia anfitriona fue desde un comienzo sumamente cordial y afectuosa, experimentando por ello la calidez de la hospitalidad cristiana, dispuesta a brindarles todas las atenciones posibles en aquel medio rural, como para que se sintieran cómodos y gratificados a lo largo de la estadía, la cual se prolongó por espacio de dos meses. Incluso pudieron disponer de un sencillo oratorio, habilitado en una de las habitaciones de la casa, donde la familia y el personal doméstico tenían la costumbre de rezar a diario el rosario y las oraciones del atardecer. Agregando en ciertos días cantos piadosos y las letanías de la Virgen, que entonaba la piadosa concurrencia con acompañamiento de piano, ejecutado por alguna de las hijas de don Diego.²⁴

Salvaire, gratamente impresionado por el ambiente de piedad reinante en la casa y por ser objeto, junto con su compañero, de tantos cumplidos, ofrece el siguiente retrato de aquella hospitalaria y ejemplar familia irlandesa:

“Ese buen y digno irlandés, cuyas propiedades limitan con los campos que habitan los indios, había ofrecido a Monseñor [Aneiros] su propia casa para los

el Partido de Bragado. Enero de 1877. Agrimensor H. Galliard, en “Ministerio de Obras Publicas. Dirección de Geodesia. Departamento de Investigación Histórica y Cartográfica. La Plata”. Bragado: Mensura 43, fol. 1r. Incluye el correspondiente plano de la propiedad. En la Mensura y división del año 1881 (Bragado: Mensura Nro. 63. Agrimensor Carlos Schuster), figuran los mismos linderos, pero se reemplaza “Cacique Melinao” por “los indios del Bragado del cacique Railef” (fol. 1).

23. En el límite noreste figura señalado “un médano alto”; y en el sudeste, pero ya en campos del cacique Melinao, una “pulpería”. Salvaire refiere que a la estancia le fue impuesto tal nombre “en honor de San Francisco Javier [patrono universal de las misiones]” (MTR, fol. 22, nota margen izquierdo). Diego Kavanagh falleció en la misma estancia, el 4 de febrero de 1876, hecho testamento un año y meses antes, declarando que su estancia tenía dos leguas de extensión, pobladas con 13.000 ovejas y 100 vacunos y yeguarizos.

24. Esta escena, difícil de imaginar en las soledades de aquellos campos, conmovió las fibras religiosas de Salvaire, quien apunta: “Desde el primer día de nuestra llegada fuimos invitados a presidir su piadoso ejercicio del atardecer. ¡Era un espectáculo verdaderamente emotivo el que ofrecía esta hermosa familia arrojada en los extremos confines del mundo civilizado, reuniéndose cada tarde a los pies de un modesto altar y elevando al cielo oraciones fervientes e impregnadas del espíritu de piedad! Para mi alma era como la evocación de una de esas escenas religiosas que ofrecían en su intimidad las familias cristianas en los siglos de la fe” (MTR, fol. 20).

misioneros y pidió como favor mantenerlos durante el tiempo que durara la misión. El amor a la religión católica y la práctica de la hospitalidad son virtudes tradicionales entre los irlandeses. Yo lo había oído decir a menudo, y tuve la ocasión de experimentarlo por mí mismo. No sabría expresar la dulce emoción que experimentó mi alma ante la cálida recepción de que fuimos objeto por parte de esta admirable familia Kavanagh. Todo lo que la hospitalidad cristiana puede imaginar de delicado, piadoso y emotivo lo encontramos reunido durante nuestra estadía en esta estancia. Esta familia es numerosa y tiene todo lo que puede atraer la consideración y estima de los hombres, porque los miembros de esta familia feliz con los bienes de fortuna han recibido una educación sólida y distinguida. La fe cristiana, a pesar de la debilidad general que sufre en este país, se conserva aquí pura y viva. Las costumbres, lejos de seguir el deplorable relajamiento que causa tan siniestros daños, conservan todavía el candor y la simplicidad que presidían en el hogar de las antiguas familias. En fin, la piedad, esa bella virtud que se ha vuelto tan poco frecuente en este país invadido por el materialismo, aquí se destaca. Así se cumple la profecía de Isaías, tomada en sentido moral: *el desierto florecerá, habrá un verdadero oasis en medio de la estepa* [Is 35,1].²⁵

6. El “anciano y venerable” Railef

Corresponde ocuparnos ahora de conocer más de cerca al cacique José María Railef (Raylef, Raylefe, Railefe, Reylefe = “flor del río” o “flor que corre”), personaje central en el desarrollo de la misión que prometiera monseñor Aneiros ofrecer a la tribu durante su última visita a Bragado. Meinrado Hux, como en el caso de otros jefes araucanos, se ha encargado de trazar su biografía, a la cual acudimos para espigar los datos fundamentales que nos permitan descubrir su personalidad, ante cuya presencia Salvaire quedó tan impresionado no bien lo conoció y pudo conversar con él.²⁶

Nació en la Araucanía (Chile), hacia 1799; hijo del cacique patriota Juan Railef, muerto en 1837.²⁷ Emparentado con el cacique Venancio Coñuepán, pasó con éste a la Argentina en 1826-27 con motivo la persecución de José Antonio Pincheira y su banda, convirtiéndose en compañero de los capitanejos Martín Collinao y Pedro

25. *Ibid.*, fols. 19-20.

26. CBA, 353-364.

27. *Ibid.*, 351-353.

Melinao.²⁸ Participó con ellos en la fundación de Bahía Blanca (1827), instalándose por algún tiempo en el lugar. En 1831, por orden de Rosas, pasó con las familias que le correspondían a Tapalquén, haciéndose vecino de los caciques Catriel y Cachul, participando con ellos en la Campaña del Desierto (1833). En 1840, se unieron a Railef sus antiguos compañeros, Collinao y Melinao, quienes llegaron a Azul con la división del comandante Juan Aguilera, volviendo a formar sus familias una sola comunidad, como años antes lo eran en Bahía Blanca.

Hasta fines de 1845, los tres caciques amigos sirvieron con sus lanzas a la defensa de aquella frontera; pasando entonces, en marzo de 1846, a fundar la nueva comandancia del Bragado. El resto de la historia de la tribu ya la conocemos, al menos hasta 1869, año en que regresa a “La Barrancosa”, con la intención de dejar para siempre la vida trashumante. Para esa fecha, Railef ya detentaba el cacicazgo general por disposición del coronel Julio de Vedia (tras la muerte de Pedro Melinao), nombramiento ratificado por el Gobierno en nota del 7 de junio de 1863.

Además de la presencia de Railef en la fundación de la comandancia de Nueve de Julio (1864), cabe destacar de manera particular su actuación durante la Guerra del Paraguay (1865-70) pues en esos momentos tuvo con sus indios que reemplazar a los oficiales y soldados faltantes en la frontera. Concluido el largo y sangriento conflicto, el cacique solicitó permiso, el 28 de noviembre de 1868, para bajar a Buenos Aires con la intención de presentar sus saludos al presidente Bartolomé Mitre, de regreso del Paraguay, y tramitar ante el Ministro de Guerra, el coronel Martín de Gainza, la exoneración del servicio activo como miembros del Cuerpo de Línea de la Frontera Centro-Oeste. Deseo que pudo cumplir a fines de diciembre de ese mismo año.

Una vez dispensada la tribu del servicio activo, pocos meses después, Railef pudo volver con los suyos a poblar los campos de “La Barran-

28. MTR: “Al dejar la Araucanía esta tribu era comandada por jefes cuyos nombres son aún muy conocidos en las pampas argentinas: los Collinao y los Melinao. Entre los guerreros que obedecían a esos caciques se encontraba, joven aún y lleno de valor el mismo Railef que llegó a ser el jefe venerado por los restos de la tribu Araucana. El bueno y viejo cacique en sus largas narraciones varias veces me habló de las luchas que habían sostenido contra los pueblos completamente salvajes que ocupaban la ladera oriental de los Andes, y contra las numerosas tribus que habitaban la Patagonia y las partes meridionales de la pampa” (fol. 16).

cosa”. Como hemos visto, se trataba de una persona querida, admirada y respetada por todos, una verdadera figura patriarcal, rodeada de afecto y veneración por quienes se consideraban sus hijos. Por ese entonces contaba con unos 75 años, pero a pesar de su larga y valerosa trayectoria era pobre: “todo su haber consistía en una pequeña majada de ovejas”.²⁹ No obstante su avanzada edad y su largo trato con los pobladores fronterizos, no había logrado avanzar en el dominio del castellano, lengua que todavía le resultaba bajo muchos aspectos extraña, debiendo recurrir para comprender y expresarse con mayor claridad a la ayuda de su esposa, Bernarda Pereira, quien jugó un papel fundamental al momento de recibir la catequesis que los llevaría a ambos al bautismo: “viejo, y habiendo pasado toda su vida en medio de los indios, comprendía poco y hablaba menos aún la lengua española. Su mujer, una india de 43 a 45 años, más o menos, aunque infiel había sido criada entre gente de la región y comprendía y hablaba bastante bien el español”.³⁰

7. Perfil físico y moral

Por otra parte, Railef había permanecido alejado de la fe cristiana, no obstante la honestidad de su vida y la buena índole de su carácter, pero cultivando en lo secreto de su corazón el deseo del verdadero Dios. Este deseo se puso de manifiesto no bien fue iluminado por el Evangelio, pues se trataba, según Salvaire, de un “varón justo en el pleno sentido de la palabra”, respetuoso del cumplimiento de la ley natural. Dispuesto por lo mismo a recibir la salvación no bien le fuese anunciada en forma conveniente, pues tan notables cualidades morales lo habían preparado para recibir la siembra evangélica, no bien llegara el momento oportuno. Así lo da a entender con toda claridad su futuro catequista, al trazar en pocas, pero firmes pinceladas, su retrato físico y moral:

Aspecto físico:

“José María Railef era un hermoso anciano, de 75 a 80 años, de estatura media-

29. MTR, fol. 8.

30. *Ibid.*, fols. 8-9.

na, delgado y de espalda ligeramente encorvada por los años. Su cabeza calva conservaba aún una corona de cabello corto y negro. Su frente reflejaba una inteligencia ciertamente extraordinaria para un indio. En sus últimos años había quedado ciego, pero esta enfermedad crónica había contribuido a aumentar el interés y el respeto que todo el mundo sentía por él. Pero no había disminuido ni la vivacidad ni la pureza de sus ojos. Como la mayoría de los indios, su rostro carecía de barba. Sin embargo, un largo bigote blanco, como el que llevan los chinos, enmarcaba una boca bastante fina en la cual sorprendíamos generalmente una sonrisa delicada y afable. Toda su fisonomía respiraba bondad, calma y sencillez. La blancura de su tez parecía la de un europeo y no tenía nada de ese color cobrizo y grosero que caracteriza a los indios de América Meridional. Su porte y su andar eran a la vez sencillos y dignos”.³¹

Lenguaje y expresión:

“El español que él hablaba estaba lejos de ser académico, pero aunque mezclado con giros y expresiones indígenas su lenguaje español era, no obstante, generalmente inteligible. Pero cuando hablaba públicamente a sus indios en su propia lengua, sin apartarse de su dulzura habitual su voz tomaba, sin embargo, un tono de gravedad y de autoridad que imponían respeto a todos los que escuchaban. En las tres o cuatro circunstancias en que tuve que oírlo arengar a sus indios reunidos, aunque sólo pude captar algunas palabras, comprendí, sin embargo, por sus largos discursos, por la expresión de su rostro y la atención religiosa con que escuchaban todos sus hombres, que su lenguaje debía estar lleno de elocuencia y de poesía”.³²

Cualidades y virtudes:

“Una cosa me había llamado la atención en este hombre: es que pagano como él era, ignorante en consecuencia de las máximas y virtudes evangélicas, y a pesar del importante puesto de cacique que él ocupaba, este infiel no tenía ni con los extranjeros, ni con sus indios, esa arrogancia ni ese orgullo que caracterizan a los otros jefes indios; y que no puede tener nada sorprendente entre ellos, cuando uno piensa en las virtudes contrarias, opuestas a la pobre naturaleza caída, que son virtudes especiales del cristianismo, lamentablemente poco comunes aún entre los cristianos. Este buen anciano poseía, sin embargo, una humildad y una modestia verdaderamente envidiables. Empleaba con todos una cortesía natural –es verdad–, pero atractiva y llena de encantos, que era como la expansión de su alma recta, buena y sencilla. Sus conversaciones eran animadas por una alegría inocente y un cierto tinte poético que hacía sentir su compañía amable y agradable.”³³

31. *Ibid.*, fols. 24–25.

32. *Ibid.*, fol. 26.

33. *Ibid.*, fol. 25.

En camino a la fe:

“Este buen cacique, que llegó a una edad muy avanzada con una ignorancia completa de nuestra santa religión, era sin embargo un varón justo en el pleno sentido de la palabra. Siempre había observado escrupulosamente todos los preceptos de la ley natural. Todos sus indios no tenían más que una sola voz para rendir homenaje a su vida irreprochable. «Nosotros amamos a nuestro querido cacique –me decían a menudo– como si él fuera el propio padre de cada uno de nosotros. Él es tan bueno. Nunca hizo ningún mal». Y él mismo me dijo cuando le expliqué el decálogo, con ese candor, esa ingenuidad que constituía el fondo de su naturaleza y es patrimonio de las almas primitivas: «Pero, sabes hermano, yo nunca cometí ninguno de los pecados que tu acabas de mencionar».”³⁴

8. Railef catecúmeno

Ahora bien. La colaboración prestada por la familia Kavanagh no se limitó simplemente a brindar por espacio de dos meses manutención y alojamiento a los dos sacerdotes, tal como lo requería el compromiso asumido ante monseñor Aneiros, sino que fue más allá, hasta convertirse en factor decisivo en el proceso de conversión del cacique Railef y de su gente. Al punto que podría hablarse de la existencia de una evangelización previa a la llegada de los misioneros, real y efectiva, desplegada por esta familia con el fin de procurar el beneficio de la fe a sus vecinos indígenas. El método empleado para despertar en ellos el deseo de la instrucción y del bautismo, fue sencillo y directo: trato cordial y honesto, como correspondía a las condiciones de buena vecindad, consejos desinteresados y oportunas exhortaciones. Todo ello avalado por el ejemplo constante de una vida cristiana auténtica, piadosa y preocupada por ayudar al prójimo.

Precisamente el testimonio de los buenos ejemplos, no pasó desapercibido a la desconfiada mirada de los indios, tan expuestos a ser defraudados por la desaprensiva conducta de los cristianos fronterizos, sobre todo en materia de moralidad y tratos comerciales, que en forma reiterada venía a desdeñar en la práctica cuánto les era declarado y prometido en forma verbal, provocando en ellos escándalos y pre-

34. *Ibid.*, fols. 2-3.

juicios difíciles luego de superar. A juicio de Salvaire, la catequesis de la buena conducta, la más efectiva en estos casos, jugó un papel decisivo en el nacimiento del deseo por parte de los indios de abrazar el cristianismo, incorporándose sacramentalmente a la Iglesia.

Convencimiento que lo lleva a firmar con toda claridad y firmeza:

“Desde hacía mucho tiempo estos buenos irlandeses pensaban en procurar el beneficio de la fe a sus pobres vecinos infieles. No cesaban de exhortarlos para que se instruyeran y se hicieran bautizar. Esos esfuerzos no fueron inútiles para el resultado de nuestra misión. Pero más aún que sus tiernos consejos y sus exhortaciones reiteradas, más que todas las instrucciones que hubieran podido darle los misioneros, lo que ha contribuido a llevar a esos pobres infieles al amor de la religión cristiana y al deseo del bautismo son las virtudes que practican esos buenos cristianos y los buenos ejemplos que ellos esparcen a su alrededor.”³⁵

En este sentido, don Diego, como buen conocedor de la psicología indígena en razón de la larga vecindad con la tribu, estaba persuadido que la conversión del cacique iba a facilitar en gran medida que los capitanejos y sus familias siguieran el mismo camino. Por tal motivo, se preocupó de cultivar la amistad con Railef, poniendo de manifiesto una solicitud particular hacia él: “iba cada tanto a visitarlo, le prodigaba testimonios de la más tierna amistad y los llamaba «hermano»”. Con el correr de los días, el buen anciano se sintió interpelado por estos gestos de sincera amistad, cuya fiel reiteración lo llevó a descubrir que los mismos provenían del corazón creyente de quien los dispensaba; y desde ese mismo momento decidió compartir la fe del afectuoso amigo. “El cacique, viejo, pobre y enfermo –refiere Salvaire– no podía comprender cómo era posible que un hombre como el Sr. Kavanagh que no necesitaba nada para él, que era rico e instruido, prodigaba una amistad tan sincera, tan desinteresada, tan perseverante hacia un hombre desgraciado como él. Un día, sin embargo, comprendió que allí estaba uno de los frutos de la religión cristiana y amó esta religión”.³⁶

Este testimonio de amistad conmovió a Salvaire; y vino a confirmar en él, por contraste, la verdad de una fuerte convicción adquirida

35. *Ibid*, fols. 20-21.

36. *Ibid*, fol. 21.

no bien conoció, meses antes, la realidad de la frontera en Azul. Al enumerar los obstáculos que impedían la efectiva evangelización de los catrieleros, había escrito: “La mala conducta de los cristianos establecidos en estos parajes, que se han sacudido enteramente del yugo de toda ley divina, y cuyos pésimos ejemplos no pueden “sino sustraer a los indios de la religión cristiana, que no conocen más que por la vida de estos supuestos cristianos”.³⁷

Afirmación que no hacía más que confirmar el acertado comentario formulado por monseñor Aneiros al ministro Nicolás Avellaneda, en diciembre de 1872, al solicitarle apoyo para promover la evangelización de los indígenas: “Es un dolor y una vergüenza que siempre los malos cristianos hayan sido un estorbo y una ruina para las misiones”.³⁸ En esta oportunidad, por lo contrario, el comportamiento de la familia Kavanagh venía a demostrar palmariamente, mediante un ejemplo concreto, cuánto podían incidir en la conversión de los indios los buenos ejemplos de vida de aquellos que viviendo en contacto con ellos decían ser cristianos y no lo desmentían en los hechos.

¿Pero cuál fue el momento preciso en que Railef decidió dar el paso y convertirse en catecúmeno a la espera del bautismo? Un fragmento de la crónica de Salvaire señala la ocasión, sin precisar fecha exacta,³⁹ dejando constancia tanto de la inesperada resolución del cacique,

37. *Lettre á M. Chinchón, á Paris. Azul, frontière des Indiens, 26 mars 1874*, en *Annales Congregation de la Mission*, Tomo 34 (Paris 1875), 470.

38. *Nota al Ministro Nicolás Avellaneda. Buenos Aires, 6 de septiembre de 1872*, en [Folletto] “Instalación del Consejo para la conversión de los indios al Catolicismo, Buenos Aires 1872”, 3-9. A su vez, E. SAVINO, otro misionero lazarista, refiriéndose a los obstáculos que impiden la conversión de la tribu de los Coliqueo, confirma este parecer: “Si el Gobierno de veras desea la conversión y la civilización de estos pobres salvajes, tanto menos motivo de descontento debería darles, cuanto más difícil es la conversión de los indios fronterizos, que la de aquéllos que no están en contacto con los cristianos. La razón es que los cristianos, con quienes estos indios fronterizos viven en relación, exceptuando algunos pocos, son desgraciadamente por lo común católicos sin práctica de catolicismo y de una moral que está muy lejos de ser cristiana. En el solo hecho del concubinato, tan común entre la gente fronteriza, este solo hecho bastaría para reconocer y compensar toda la dificultad que se encuentra en la conversión de los indios fronterizos. Ni quiero yo hacer mención de la perfidia de la borrachera, los robos, de los mismos asesinatos, y de los escándalos de todo género de que los cristianos con quienes tratan muy a menudo les dan el triste ejemplo. No quiero entrar tampoco en hechos particulares, más o menos públicos, de empleados del Gobierno que se oponen directamente al misionero, que inspiran a los indios la más odiosa desconfianza contra él, que le calumnian, le amenazan y procuran de todos modos inutilizar sus esfuerzos e impedir el éxito de la misión” (*Carta al Arzobispo Aneiros. Tapera de Díaz, 2 de febrero de 1876*, fol. 6, en COPELLO, o.c., 124).

39. Si tenemos en cuenta que la visita pastoral de monseñor Aneiros a Bragado tuvo lugar

como de la inmensa alegría que embargó a don Diego y su familia al escuchar de sus propios labios manifestar el deseo de prepararse convenientemente para recibir el bautismo. Venían así a fructificar los desvelos misioneros de aquellos buenos irlandeses, vecinos de “La Barrancosa”. De allí en más se concretaron los pasos que ya conocemos:

“En este hombre recto, y del que se puede decir tenía un alma naturalmente cristiana, conocer la verdad y buscar inmediatamente los medios para poseerla, eran una sola cosa. A partir de entonces, la idea de hacerse cristiano fue el pensamiento dominante de su espíritu. Sin embargo, no lo decía a nadie. Un día el viejo cacique ordena ensillar su caballo. Sus hombres se sorprenden ante esta orden porque hacía mucho tiempo que a causa de la ceguera que sufría no andaba más a caballo. Sale acompañado por dos de sus hombres y se dirige a la casa del Sr. Kavanagh. Éste lo recibe con su afabilidad habitual. Luego de haber intercambiado algunas palabras insignificantes, tomando de pronto una actitud seria, el cacique dice al Sr. Kavanagh: “¿Sabes tú, hermano, lo que vengo a decirte? Y bien. Yo quiero hacerme cristiano y vengo para que me digas lo que debo hacer para lograrlo”. Sería difícil pintar la alegría del buen irlandés y de toda su familia cuando oyó esas palabras del viejo cacique. Fue entonces cuando comenzaron las primeras gestiones, ya sea ante el cura de Bragado [P. José María Salgado], ya sea ante Monseñor, el Arzobispo, gestiones de las cuales ya le hablé antes. En cuanto a mí, no dudo que es el buen aroma de las virtudes practicadas en el seno de esta hermosa familia lo que atrajo a este pobre infiel al amor y al deseo del cristianismo; y que, a su vez, fue el principio de la fácil reducción de todo el resto de la tribu.”⁴⁰

9. Un misterioso designio

Pero todavía cabe formular algunas otras preguntas sobre el itinerario espiritual de Railef, cuyas particularidades atrajeron de inmediato la atención de Salvaire, pues se encontró en presencia de un hecho desacostumbrado entre aquellos indios con los que entonces

a fines diciembre de 1872, oportunidad del primer contacto con el cacique, la decisión de éste de abrazar la fe cristiana, debió ocurrir antes de dicha fecha.

40. MTR, fols. 21-22. Salvaire destaca el rol fundamental desempeñado por esta familia a favor de la misión, antes y durante su estadía, con estas elogiosas y agradecidas palabras: “Quería, pues, hacerle conocer y apreciar a esta hermosa familia –le dice al P. George– que favoreció tanto nuestra acción en medio de los pobres indios. Los servicios que prestaron a nuestra obra merecen nuestra admiración y nuestro eterno reconocimiento. ¡Qué Dios bendiga, proteja y colme de bienes a esta generosa y católica familia Kavanagh!” (*ibid.*).

había entrado en relación. La realidad de vida de los caciques y capitanejos del Azul era muy otra. Ninguno de ellos, hasta el momento, había manifestado tales inquietudes, ni demostrado poseer cualidades morales tan excelentes para recibir de idéntico modo la siembra evangélica. Recordemos, una vez más, las expresiones que él utilizó para referirse al cacique: “varón justo en el pleno sentido de la palabra”, “siempre había conservado escrupulosamente todos los preceptos de la ley natural”, “vida irreprochable”, “vida de virtudes y méritos”, etc.

Ante la constatación, no resulta extraño que despusasen de inmediato algunos interrogantes, que también nosotros nos hacemos al reconstruir los hechos. ¿Qué había sucedido en el alma de Railef antes de su relación amistosa con don Diego Kavanagh y con los misioneros? Todo hacía pensar que un misterioso designio dirigía sus pasos para que el encuentro con estas personas se cumpliera al fin. ¿Cuál era el origen de la inocencia y bondad que su trato trasuntaba de inmediato? ¿De dónde brotaba aquella sed de verdad y bien? ¿A qué imperiosa voz obedecía su profundo deseo de salvación?, etc.

En orden a buscar respuestas válidas, las preguntas podrían ampliarse, introduciendo incluso algunas reflexiones propias de la teología moral. ¿No habría que admitir en él, aunque todavía infiel, una presencia secreta de la gracia divina, actuando en su naturaleza y carácter desde tiempo atrás? ¿No era precisamente esa gracia la realidad que lo disponía de manera tan conveniente para aceptar, sin demora ni resistencia alguna, el anuncio evangélico no bien pudiera escucharlo? ¿No se debería reconocer que su corazón, tan noble y generoso, fue cuidado de manera particular por la providencia de Dios? ¿Podría pensarse que existiesen sembradas en su alma “semillas del Verbo” desde mucho tiempo antes?, etc. Las particularidades de la conversión del cacique parecían así indicarlo; y en idéntico sentido lo percibió Salvaire al instante. Por esta razón, introduce en la crónica misional una breve reflexión con el propósito de iluminar la cuestión y ofrecer una respuesta adecuada, que por su importancia corresponde exponer.⁴¹

41. Al plantearnos estos interrogantes conviene tener presente que para la teología moral católica (frente a las afirmaciones del pelagianismo y semipelagianismo) el hombre (en nuestro caso el infiel, gentil o no creyente) no puede practicar una obra buena (moralidad natural) *ex obiecto* o *ex officio*, por mucho tiempo, sin un auxilio especial de la gracia de Cristo (gracia actual), de forma que esta obra sea también buena por razón de su fin y de todas sus circunstancias. En efecto, para que la

10. Un problema de teología moral

La decidida conversión de Railef planteaba a los ojos del misionero la vieja cuestión de la salvación de los gentiles o no creyentes, ahora actualizada en medio de la pampa bonaerense. En concreto la existencia de medios suficientes para encaminar a estas personas a la efectiva salvación, aunque algunos de ellos resulten oscuros, o no puedan conocerse con claridad y precisión. Por lo cual, convenía aplicar al caso presente las enseñanzas corrientes de la teología, todavía frescas en su memoria desde la época de seminarista en Francia. Las mismas, según recordaba, se apoyaban en tres textos, entre otros: dos del Nuevo Testamento y uno de Santo Tomás de Aquino, los cuales ofrecen un principio de solución a los interrogantes formulados.

En primer lugar, conviene tener presente la enseñanza del apóstol Pablo al respecto: “Dios, nuestro Salvador –dice–, quiere que todos los hombres se salven” (1 Tim 2, 3).⁴² Esta aseveración categórica, de gran importancia teológica, pone de manifiesto de manera rotunda la universalidad de la voluntad salvífica de Dios, quien desea que todos los hombres se salven: judíos y gentiles. Dicha salvación consiste en “llegar al conocimiento pleno de la verdad” (v 4), que lleva al hombre a reconocer por la fe que Cristo se entregó como rescate por todos. En este sentido, Dios llama a la salvación a todos y a cada uno de los hombres, por los méritos del único mediador: Cristo Jesús (vv 5-6).⁴³ En

obra sea buena, por razón de su fin, debe referirse al bien supremo. Sin el auxilio de la gracia no es referida explícitamente. Teóricamente hablando, hay sin duda una relación implícita al bien supremo, cuando se cumple la obra porque está conforme a la ley moral inscrita en el corazón de todo hombre, pues esta ley es la expresión, en la conciencia, de la ley divina, regla universal de verdad y bondad. Pero, de hecho y concretamente, el hombre caído, al obrar conforme a la ley moral, no lo hará nunca sin concupiscencia, sin amor desordenado a sí mismo. Sólo el remedio de la gracia divina puede expulsar todo orgullo y toda vanagloria. En otras palabras, el comienzo de la obra podrá ser sin duda bueno; pero, sin la gracia de Cristo, la acción se corromperá en el curso de su realización, pues el amor desordenado de sí mismo la referirá finalmente al hombre en lugar de a Dios.

42. *Comentario Bíblico “San Jerónimo”*, Madrid 1971, II, 253-254; P.C. SPICQ, *Saint Paul. Les Épîtres Pastorales*. Études Bibliques, Paris 1969, I, 318-320.

43. Desde el punto de vista bíblico puede decirse que a la universalidad de la condición de pecador en el hombre responde la universalidad de la voluntad salvífica en Dios, que se revela en la universalidad de la obra redentora de Cristo (Rom 3,23-26). La voluntad salvífica universal de Dios significa una oferta u ofrecimiento general, o mejor aún, el deseo de Dios, del Padre, de admitir a todos los hombres en casa paterna (Jn 14, 2ss). En consecuencia el ofrecimiento tiene que ser aceptado y el deseo amoroso de Dios debe encontrar una respuesta amorosa en el hombre. Pablo y Juan ven esta respuesta sobre todo en la “fe” y en el sí a la cruz de Cristo (Jn 8,46; 1Jn, 54; Rom

otras palabras, se trata como dicen los teólogos de la distribución universal de las gracias, que hacen la salvación eterna realmente posible a todos los hombres sin excepción.

La voluntad salvadora no es una veleidad ni un simple deseo inoperante. Es la *voluntas beneplacit*, es decir, propiamente dicha, interior a Dios, una voluntad sincera, amorosa, activa, industriosa y universal, que ofrece efectivamente los medios necesarios para alcanzar la salvación. Por lo demás, esta voluntad salvífica no es absoluta, sino condicionada. El don efectivo de la salvación depende de una condición: que el hombre coopere libremente, y en ocasiones falla la cooperación, malográndose así la salvación. En consecuencia el ofrecimiento tiene que ser aceptado y el deseo amoroso de Dios debe encontrar una respuesta amorosa en el hombre.⁴⁴

Por lo tanto, en nuestro caso, no podría dudarse que entre los llamados figuraba Railef, dispuesto a recibir de Dios los medios necesarios para salvarse, tras una prolongada y lenta preparación de su espíritu. Él, como los gentiles de la época de Pablo, también era conducido ahora a la fe por el designio amoroso de Dios, cuya misericordia y providencia habían resplandecido en sus largos días, sobre todo mediante el cultivo de una vida virtuosa, ejemplo permanente de honradez, ante todo, para la propia tribu.

A su vez, la vida del viejo cacique bien podía ser iluminada por la historia de uno de los primeros gentiles catequizados por el apóstol Pedro, durante la visita a la ciudad de Cesarea: Cornelio, “centurión

4,3; Gál 3,6-10). El fundamento último de la voluntad de salvación para todos es precisamente que “Dios es amor” (1Jn 4,8.16), amor que respeta a cada persona y que sigue respetando al hombre malo incluso cuando se cierra para siempre al amor. Véase, X. LEÓN-DUFOR, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona, 1980, art. “Voluntad de Dios”, 964-968; J. AUER, *El Evangelio de la Gracia*, Barcelona 1975, 51-63; K. RAHNER, art. “Voluntad salvífica universal de Dios”, en *Enciclopedia Teológica Sacramentum Mundi*, Barcelona 1976, 222-231; y *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid 1981, art. “Salvación”, XX, 737-748.

44. La Iglesia ha defendido siempre en sus declaraciones esa voluntad salvífica universal contra las manifestaciones contrarias del predestinacionismo (Lúcido, Gotescalco, Lutero, Zuinglio, Calvino, Jansenio, Quesnel): 1) Dios quiere que todos los hombres se salven, aun cuando de facto no todos lo consigan; 2) Dios otorga siempre a los hombres de todos los tiempos, incluidos los paganos y los incrédulos, la gracia suficiente para su salvación; 3) Dios otorga también a los cristianos pecadores la gracia suficiente para la conversión; ni siquiera a los pecadores totalmente endurecidos y obcecados les niega Dios la gracia de la conversión, si bien en ellos ya no es eficaz (DZ H 623, 626, 1542, 1556, 2005, 2305, 2430-2432, 3866-3873; Concilio Vaticano II, Const. *Lumen Gentium*, n.16).

de la cohorte itálica, piadoso y temeroso de Dios” (Hech 10, 1–2),⁴⁵ cuya vida, regulada por los dictámenes de su conciencia, había sido aceptable a Dios.⁴⁶ El Señor había intervenido en su vida indicándole, al menos de una manera vaga, la senda que debía seguir hasta el momento en que, respondiendo a la llamada divina, encontró la verdad. En aquella ocasión a Pedro se le esfuman en una visión sus escrúpulos sobre la recepción de los paganos en la fe; el Espíritu Santo muestra con sus dones carismáticos que el centurión y su familia están preparados para su ingreso en la comunidad, y aquél da orden de que “sean bautizados en el nombre de Jesucristo” (v 48).⁴⁷

A los ojos de Salvaire este episodio, que simboliza la evangelización universal de los gentiles, permite esclarecer el caso de Railef a la espera del bautismo, pues así como la piedad y las buenas obras de Cornelio lo hicieron “agradable” a los ojos de Dios, así también la recta conciencia de éste, sus “virtudes y méritos”, terminaron por encaminarlo efectivamente a la salvación, recibiendo ambos la gracia de la conversión mediante el arribo de un emisario divino: Pedro, en el primer caso; Salvaire y Cescas, en el segundo. Es evidente que, en uno y otro caso, Dios no hace “acepción de personas” (v 34), pues es totalmente imparcial y la mejor prueba que aduce como confirmación de ello consiste en hacer que los paganos participen de la plenitud de salvación, hecha ahora realidad para Railef y su tribu.

En esta oportunidad, los destinatarios del designio divino, eran

45. Hech 10,1-48 / 11,1-18. El libro de los Hechos está vertebrado en torno al encargo confiado por Jesús a los apóstoles: “Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra” (Hech 1,8). Fue en Antioquía el lugar donde por primera vez los misioneros se atreven a dirigirse a los paganos: “al llegar... se pusieron a hablarles también a los griegos, anunciándoles la buena noticia del Señor Jesús” (11,20). De este modo, en esta ciudad, a partir de un núcleo pagano, nacerá la primera comunidad “cristiana”, de donde partirá más tarde la misión hacia el paganismo por impulso de Pablo. En cambio, el caso paradigmático de Pedro tuvo lugar en Cesarea de Filipo, siendo Cornelio un centurión romano simpatizante del judaísmo (10,1s.22). La iniciativa la había tomado Jesús (“la voz” que Pedro identificó como la del “Señor”, 10,13-16; 11,7-10) y la había corroborado el Espíritu Santo (10,19; 11,12), después que de que Pedro se hubiese resistido con todas sus fuerzas (10,14), interrumpiendo el discurso de Pedro y bajando en forma manifiesta (aspecto maravilloso) sobre Cornelio y su familia (10,44; 11,15). Véase, *Comentario Bíblico San Jerónimo*, III, Madrid, 1971, 478–483; J. TAYLOR, *Les Actes des deux Apôtres. Commentaire Historique (Act 9,1–18,22)*. Études Bibliques, Paris 1994, 41-53.

46. «Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: “Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato”» (vv 34-35).

47. J. DUPONT, *Nouvelles études sur les Actes des Apôtres*, Paris 1984, 319-323.

los “pobres indios” de La Barrancosa, con su jefe a la cabeza, para quienes cobraba plena realidad y sentido la glorificación que espontáneamente afloró en los labios de los judeocristianos de Jerusalén al conocer de boca de Pedro el bautismo de Cornelio y los suyos: “Así pues, también a los gentiles les ha dado Dios la conversión que lleva a la vida” (11,18).

11. “Dios no niega su gracia”

Pero respecto a la llamativa y aleccionadora conversión del cacique, digamos algo más. Un axioma muy repetido en la teología de la gracia, acuñado por la escolástica medieval, expresa esta verdad: “A quien hace cuanto está en sus manos, Dios no le niega su gracia”, es decir, su salvación (*Faciendi quod est in se, Deus non denegat gratiam*). Esta expresión es aplicada por Salvaire al caso de Railef, citando para ello un texto de Santo Tomás de Aquino: *De Veritate, q. 14, art. 11, ad. 1.*⁴⁸ Pasemos entonces, primero, a leer el texto en cuestión; y luego la aplicación del mismo a la realidad misionera que nos ocupa:

Santo Tomás:

“La conversión y la muerte tan conmovedora de este justo contienen, en mi opinión –dice Salvaire–, una preciosa enseñanza; y fueron para mí la demostración manifiesta de un sentimiento piadoso generalmente admitido por los teólogos y que todos los buenos católicos son felices de abrazar. Sentimiento que Santo Tomás [de Aquino] expone en el siguiente pasaje, tan conocido por cierto, pero que me permito recordarle: “*Hay que creer firmemente* –dice el Santo Doctor– *que si alguien criado en el seno de los bosques, desnudo, en medio de los animales privados de razón, sigue las luces de la razón natural en la práctica del bien y en el alejamiento del mal, hay que creer muy firmemente que Dios, o bien le revelará por una inspiración interior las verdades cuyo conocimiento es absolutamente necesario [para la salvación], o bien le enviará un predicador de la fe de la misma manera que envió a Pedro a Cornelio.*”

Aplicación de Salvaire:

“Acaso no podríamos decir que estos párrafos fueron escritos expresamente

48. Lugares paralelos: *STh* II-II, q. 2 a.5 / *I Sent.* D. 33, a.5 / *III Sent.* D. 25, q. 2, a. 1, qe. 1, 2. Véase, A. D ALÈS, *Salut des Infidèles*, en “*Dictionnaire de Theologie Catholique*”, VII, Paris 1922, 1852-1858.

para nuestro buen cacique? La vida de este venerable anciano se desarrolló casi en su totalidad en el seno del desierto. Él siempre había sido un fiel observador de la ley natural. He aquí que llega a las puertas de su tumba, al umbral de la vida eterna, ignorando todavía nuestra santa religión cristiana, fuera de la cual no hay salvación. ¡Pero todavía no ha recibido el sacramento del bautismo que es la única puerta que conduce a la gloria del cielo! ¿Es necesario que este justo perezca? ¿Y toda esa vida de virtudes y de méritos no va a pesar en la balanza de la bondad divina? Es entonces que se cumple en la persona del buen anciano el sentimiento de Santo Tomás. Como Ud. luego verá en mi pequeño relato, [primeramente] una inspiración interior le hace buscar con avidez el bautismo; y después, cuando la medida de sus días esté por completarse, nuestro buen Dios, *que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* [1Tim 2,3-4], le envía uno de los predicadores de su Evangelio, que lo instruirá y derramará sobre su cabeza el agua de la regeneración, de la misma manera que envió a Pedro a Cornelio [Hech 10,1-48] Lo que yo digo de este buen cacique puede aplicarse también, más o menos directamente, a los otros indios de esta pequeña tribu que tuve la felicidad de catequizar y bautizar. Esto es lo que surgirá de la lectura de mi breve relato.⁴⁹

La aplicación que hace Salvaire del texto de Santo Tomás nos lleva a introducir una breve explicación del mismo, necesaria para comprender el significado y los alcances de cuanto se afirma. El axioma *facienti*⁵⁰ fue estudiado, en el siglo XIII, por los escolásticos al exponer la doctrina de San Agustín acerca de la necesidad de la gracia para el comienzo de la salvación (Hugo de San Víctor, Alejandro de Halès, Guillermo de París, Alberto el Grande). Ellos admiten con *consensus* moralmente unánime que Dios no niega la fe y las restantes gracias que conducen a la justificación a quienes hacen, antes de ella, cuanto les es posible para conformarse a la ley moral. Dicho de otro

49. MTR, fols. 3-4.

50. Principio acuñado, como dijimos más arriba, por la escolástica medieval. En la redacción de cuanto sigue nos inspiramos en: L. CAPÉLAN, *Le problème du salut des infidèles* (Toulouse 1934), II (Essai Historique), 187-199, 220-225, 434-442; H. NYS, *Le salut sans l'Évangile. Étude historique et critique du problème du «salud des infidèles»*, Paris 1966, 21-53; S. B. SCHWARTZ, *All can be saved. Religious tolerance and salvation in the Iberian Atlantic world*, New Haven, Yale University Press, 2008,, 121-206; M. FLINCK-ZOLTAN ALSZEGHY, *El Evangelio de la Gracia*, Salamanca 1967, 244-250, y *Antropología Teológica*, Salamanca 1971, nn. 712-726, que ofrece una buena síntesis de la problemática medieval y moderna en torno a las aplicaciones de dicho principio; y J. L. LORDA, *La gracia de Dios*, Madrid 2004, 269-279, 413 (abundante bibliografía). Asimismo, A. SANTOS, *Salvación y Paganismo, o el problema de la salvación de los infieles*, Santander 1960; F. A. SULLIVAN, *Salvation Outside in the Church? Tracing the History of the Catholic Response*, New York 1992; y B. MÉNDEZ FERNÁNDEZ, *El problema de la salvación de los «infieles» en Francisco de Vitoria. Desafíos humanos y respuestas teológicas en el contexto del descubrimiento de América*, Burgos 1993.

modo: Dios revela a todos los hombres, que hacen cuanto pueden con sus fuerzas naturales, las verdades necesarias que es preciso creer, o enviándoles algún predicador o por inspiración interna. Esta vía de justificación no contradice, según ellos, la primacía absoluta de la gracia, porque se supone que el hombre (infidel, gentil, no creyente) hace cuanto está en sus manos, cumpliendo los mandamientos divinos, bajo el influjo del auxilio de Dios, que excita la voluntad a querer constante y vigorosamente el bien.⁵¹ Ésta era precisamente, por otra parte, la situación de Railef respecto a la salvación que deseaba alcanzar, según podía comprobarse por sus propias declaraciones.

Pero entre los escolásticos existían diferencias de opinión en lo que hace a los aspectos particulares de la cuestión, como ser: al tipo de ayuda que Dios concede para practicar las obras buenas y a las gracias concedidas en atención a las acciones rectas. En el caso concreto de Santo Tomás, cuya parecer nos ocupa, se pueden encontrar dos aplicaciones del principio *facienti*: una en relación a la vocación a la fe de quienes, sin culpa propia, están privados de la predicación del evangelio (en este sentido Salvaire lo cita como autoridad); y otra en el contexto de la preparación del creyente a la justificación (aspecto que escapa a nuestro interés).⁵²

12. De un caso hipotético a la realidad histórico pastoral

Respecto a la primera aplicación, se trata de plantear una hipótesis: la situación de un hombre criado en la selva, entre animales salvajes (*puer natus in silvis*), respecto a su salvación eterna, totalmente ignorante de la Buena Nueva (ignorancia no culpable). Si este hombre observa la ley natural, es seguro que Dios le dará la posibilidad de alcanzar la fe (conocer las verdades indispensables), puesto que Dios provee cuanto es necesario para la salvación, en el caso que el hombre no oponga obstáculos. Cosa que hará, sea por una inspira-

51. "No existe una conexión causal entre las obras humanas y la gracia de Dios. El nexo entre la observancia fiel y constante de los mandamientos y el don de la gracia, no se debe a la naturaleza de los hombres, sino a la voluntad salvífica de Dios, que da la ayuda necesaria para cumplirlos preceptos, con intención de conferir mayores gracias a quien haga uso bueno de esta auxilio" (FLINCK-ALSZEGHY, o.c, 245).

52. STh I-II, q. 112, a.3.

ción interior, sea por la predicación de un misionero.⁵³ Entonces, “cuanto el hombre realiza al cumplir la ley natural, no es, en sentido propio, preparación para la justificación, sino únicamente un no poner obstáculos a las gracias que se le concederán infaliblemente para que pueda caminar hacia la salvación por medio de la fe. El nexo entre la observancia de la ley natural y la gracia de la fe no se basa en la perfección de la obra humana, sino en la universalidad de la voluntad salvífica de Dios”.⁵⁴

En razón de los grandes descubrimientos geográficos de los siglos XV–XVII a cargo de España y Portugal, sobre todo América, el principio *facienti* adquirió particular vigencia en la perspectiva del *De Veritate*.⁵⁵ Ya no se trataba de explicar un caso hipotético (*puer natus in silvis*): el hombre, físicamente impedido, sin culpa propia, de escuchar la predicación cristiana. Ahora la Iglesia comprobaba que dichos hombres existían en gran número en las regiones recién descubiertas y conquistadas. La pregunta misionera se imponía una vez más: ¿Había que sostener que les estaba cerrado el camino de la salvación, sin culpa alguna de su parte? Muchos teólogos respondieron negativamente, basándose en la voluntad salvífica universal de Dios.⁵⁶ Si estos hombres cumplen la ley moral con las solas fuerzas naturales, Dios les concede la gracia necesaria para disponerse a la salvación aun independientemente de la predicación de la Iglesia.⁵⁷ Se trataba de una aplicación más

53. La tercera vía, el envío de un ángel revelador, que Santo Tomás no indica en este texto, sí en otros (STh II, q. 113, a.8, ad.1), probablemente ha sido tomada de la doctrina anterior de Alejandro de Halès.

54. FLICK – ALSZEGHY, o.c., 245. Al respecto, debe tenerse en cuenta que el *De Veritate* pertenece a las obras de juventud de Santo Tomás. Por tal motivo la presente explicación no está conforme con la sentencia definitiva, según la cual, aun para la constante observancia de la ley natural, se necesita la gracia (STh I-II, q. 109, a.8).

55. L. CAPÉLAN, o.c., II, 220–225, 253–272; 278–286.

56. En la polémica intervinieron, por ejemplo: Andrés Vega, Domingo Soto, Miguel Medina, Luis Vives, Melchor Cano, Francisco de Vitoria, Francisco Suárez, etc. Sobre la reflexión teológica en torno a la salvación de los indios de América: P. DAMBORIENA, *La salvación en las religiones no cristianas* (BAC, Madrid 1973, 100–123; B. MÉNDEZ FERNÁNDEZ, *El problema de la salvación de los infieles en Francisco de Victoria*, Roma 1993, Instituto Español de Historia Eclesiástica, Monografías N° 33; y M. A. POLI, *Teología y Misión en «De Procuranda Indorum Salute» (1588) de José de Acosta, S.J.* Tesis doctoral. Facultad de Teología de la UCA. Buenos Aires 1997 (Parte II, cap. I: “Salus Indorum”, 5–60).

57. La aplicación, no obstante, planteó diversos problemas sobre los cuales no podemos extendernos en este momento, en razón de escapar a nuestro interés inmediato. Una buena síntesis en FLICK–ALSZEGHY, o.c., 246–249. Para el desarrollo posterior de la solución tomista, H. NYS, o.c., 39–78.

del principio que hemos enunciado, al que apela también Salvaire para hablar del “justo y piadoso” Railef.⁵⁸

A modo de conclusión podemos decir lo siguiente. De acuerdo a la doctrina católica los medios ordinarios para la obtención de la salvación son los sacramentos. En el caso de los gentiles o no creyentes, el itinerario comienza con la recepción del bautismo, a cuya preparación contribuye la predicación misionera. Pero también existen medios extraordinarios por los cuales Dios ofrece la salvación, cuando aquélla no puede verificarse ¿Cuáles son estos medios? La teología, a la cual apela Salvaire en este caso, partiendo de la afirmación de la voluntad salvífica universal de Dios, ha encontrado una posible explicación: la moción divina (gracia actual) con la que Dios mueve a los gentiles o no creyentes para que realicen actos éticamente buenos. Estos actos buenos pueden así tener valor positivo de preparación para el Evangelio, en razón de ser realizados bajo el influjo de una gracia de Dios. No se trata todavía de una gracia que santifique propiamente, pero sí de una gracia que dispone ya, aunque remotamente, a la justificación. La fidelidad del hombre a ella hará que Dios le dé otra mayor. Y, con una sucesión en cadena de fidelidades, puede llegar la gracia que lo justificará.

Esta fue precisamente, volvamos a decirlo, la edificante historia de Railef, hasta el momento que Salvaire lo bautizó, el 11 de agosto de 1874. Vino a operar así con eficacia, como infinidad de veces en otros tiempos y espacios, uno de los medios señalados por Santo Tomás de Aquino mediante los cuales Dios conduce a la salvación a los gentiles de buena voluntad, que hacen de su parte todo lo que pueden para cumplir con el bien moral. Y en esta oportunidad Dios condujo paulatinamente los pasos de un “no creyente”, hasta el umbral mismo de la justificación, alegrándolo entonces con el envío de un misionero, quien terminó por proponerle el Evangelio.⁵⁹

58. Para un conocimiento más detallado del problema de la salvación de los infieles tal como se planteaba en la enseñanza teológica contemporánea a la formación de Salvaire en Francia (seminarios de Paris y Evreux): L. CAPÉLAN, o.c., 421-478 (apologistas franceses, tradicionalismo, teología clásica, soluciones, etc.)

59. Incluso en el caso de Railef hay que tener presente una distinción que introduce San Agustín de Hipona: paganos positivos y negativos. «Los primeros -señala DAMBORIENA- son los que, teniendo ocasión de conocer el mensaje evangélico, no lo aceptan (o después de conocido lo rechazan); mientras que los segundos, privados, por las circunstancias, de esa oportunidad, continúan obrando según los dictados de su conciencia. Para los últimos y, no obstante su repetida

13. Actualización de las reflexiones de Salvaire

Al momento de concluir con este *excursus* sobre la conversión de Railef, parece oportuno citar un párrafo de la Constitución *Lumen Gentium* del Vaticano II, que recoge y amplía en apretada síntesis las enseñanzas bíblicas, patrísticas y teológicas sobre la salvación de los gentiles o no creyentes que terminamos de exponer. El texto en cuestión dice así:

“Ni el mismo Dios está lejos de otros que buscan en sombras e imágenes al Dios desconocido, puesto que todos reciben de El la vida, la inspiración y todas las cosas (cf. Act 17, 25–28) y el Salvador quiere que todos los hombres se salven (cf. I Tim 2,4). Pues quienes, ignorando sin culpa propia el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, no obstante, a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, en cumplir con obras su voluntad, conocida mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. Y la divina Providencia tampoco niega los auxilios necesarios para la salvación a quienes sin culpa no han llegado todavía a un conocimiento expreso de Dios y se esfuerzan en llevar una vida recta, no sin la gracia de Dios. Cuánto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación al Evangelio y otorgado por quien ilumina a todos los hombres para que el fin tengan la vida.” (nº 16)

Pasemos a desarrollar un breve comentario, pues el texto que nos ocupa no hace más que actualizar, bajo algún aspecto, la reflexión que provocó en Salvaire el encuentro con el cacique de la tribu araucana de la “La Barrancosa”, sin pretender con ello cometer anacronismos forzados.⁶⁰

Todo hombre, tenga o no conciencia de ello, está en este mundo ordenado al pueblo de Dios. Ello quiere decir que los que todavía no han recibido el mensaje no pertenecen a una humanidad sin rescatar sino a este género humano que, por el sacrificio de la muerte de Cristo,

insistencia sobre la necesidad del conocimiento de Cristo para la salvación (Epist. 190, 8), el Santo mostrará una casi “ilógica” magnanimidad» (o.c., 47-48).

60. G. PHILIPS, *La Iglesia y su Misterio en el Concilio Vaticano II. Historia, texto y comentario de la constitución «Lumen Gentium»*, Barcelona 1968, I, 260–270; G. BARAUNA (y otros), *La Iglesia del Vaticano II. Estudios en torno a la Constitución Conciliar sobre la Iglesia*, Barcelona 1965, I, 685–695; y *Catecismo de la Iglesia Católica* (Conferencia Episcopal Argentina. Buenos Aires, 1993), nros. 839–845. Asimismo, S. PIÉ NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, Salamanca 2006, 259–288; y A. W. MEIS, *Antropología Teológica. Acercamientos a la paradoja del hombre*, Santiago de Chile 2013, 626–638.

está destinado y llamado a la salvación y recibe los medios necesarios para llegar a la misma de una manera sólo por Dios conocida. Jesús murió por todo el género humano, pero el hombre adulto debe responder libremente a este llamamiento. Negar esto equivaldría a negar la voluntad salvífica de Dios. El mismo Santo Tomás, citado más arriba, enseña con insistencia: “Aunque los infieles no estén efectivamente [*actu*] en la Iglesia, forman con todo parte de ella en potencia [*in potentia*]. Esta disposición se apoya sobre dos elementos: primero, y sobre todo, la fuerza de Cristo que basta por sí sola para la salvación de todo el género humano; segundo, la libre adhesión del hombre” (STh III, q. 8, a.3, ad. 1).

En la actualidad, como en la época de la misión de Salvaire, hay muchos hombres que no han puesto todavía este acto deliberado. El texto conciliar los ordena en diversas categorías, comenzando por los que están más cerca de nosotros (judíos, musulmanes) para acabar por los que están aún muy lejos (la muchedumbre de hombres que tratan de hallar al verdadero Dios). Éstos últimos (quienes buscan a Dios), tratan de buscarlo y encontrarlo a través de las sombras y figuras de este mundo; y Dios mismo no está lejos de ellos, pues a todos da vida, aliento y toda clase de bienes, según enseña Pablo a los atenienses ante el Areópago (Hech 17, 23–31). Este mismo Dios es el Salvador que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad por el único mediador, Cristo Jesús (1 Tim, 2,4-5). El Dios salvador ya actúa en esa realidad humana (considerada individual y comunitariamente), mediante los elementos de verdad y gracia que en ella se encuentran. Y al mismo tiempo comunica a la Iglesia, con la fuerza del Espíritu de Cristo, la misión de invitar a todos los hombres a reconocer y aceptar la plenitud de la verdad (justificación del esfuerzo misionero).

Dentro del amplísimo espectro de actitudes humanas frente al hecho religioso, debe también considerarse la situación particular de los hombres que no reconocen un Dios personal, al menos de manera explícita, y que sin embargo se esfuerzan por vivir honradamente. En este caso, si no son responsables en modo alguno de su ignorancia, la divina providencia no dejará de procurarles los medios necesarios para la salvación. La fuerza de la gracia no tiene aquí tampoco límites, y la gracia aceptada incluye el asentimiento de la fe, requerido para la sal-

vacación según la carta a los Hebreos: “Ahora bien, sin fe es imposible agradarle, pues el que se acerca a Dios ha de creer que existe y que recompensa a los que le buscan” (11,6).⁶¹

Por último, el texto conciliar, introduce el tema de la preparación del Evangelio, tan caro a los primeros padres de la Iglesia, entre los cuales se comprueba la existencia de una clara tendencia favorable a los paganos, a sus conocimientos de Dios, a sus virtudes y a las posibilidades de alcanzar la salvación (*preparatio evangelica, rationes universales, Logos spermatikos*).⁶² En sus religiones descubren también vestigios de la verdad divina: en las obras de la creación, en el influjo universal de las semillas del Verbo o en las apropiaciones que los genios de la cultura helénica hicieron de la revelación bíblica, patente al menos en algunos de sus sistemas filosófico-religiosos (teodicea de Platón, lógica de Sócrates, carácter de Séneca, ética estoica).

En este sentido debe reconocerse que todo cuanto hay de verdadero y de bueno en los no cristianos (valores morales, doctrinas sabias, legislaciones justas, etc.) debe ser considerado como una preparación evangélica, pues son un don de Cristo, quien es para todo hombre luz y vida, según expresión del evangelista Juan (Jn 1,9; 10,10). Razón por lo cual, según enseña la antigua patrística (Justino, Tertuliano, Orígenes, Lactancio, Ireneo, etc.), antes de la predicación del Evangelio existían ya en este mundo diversos elementos o factores culturales y religiosos expresión de la verdadera religión, no sólo en el pueblo judío, sino también en los pueblos paganos. Estos factores se clasifican de ordinario en tres categorías, según las realidades que expresan: las semillas de verdad, el parentesco con el Creador y la pedagogía divina.

Las semillas de la verdad son los principios generales (*rationes universales*) que se refieren a Dios y al alma, al mundo y los hombres. En cualquier región del universo son conocidas del hombre. En la sociedad antigua había escépticos, panteístas y espíritus críticos, pero

61. La fe necesaria para salvarse tiene un doble objeto: la existencia de un solo Dios personal, invisible por su naturaleza; y su Providencia remuneradora, fundamento de la felicidad esperada, puesto que Dios debe dar un salario justo por los esfuerzos realizados para buscarle. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nro. 848.

62. J. DANÉLOU, *Message évangélique et culture hellénistique, aux IIe. et IIIe. Siècles*, Paris 1961, 11-100; y P. DAMBORIENA, o.c., 19-54.

no había prácticamente ateos.⁶³ El parentesco (*synggeneia*), entre el Creador y la criatura hace posible un cierto conocimiento por semejanza de naturaleza (analogía). Los seres muy diferentes no pueden conocerse. Pero el hombre ha salido de las manos de Dios y ha sido creado a su imagen. Por esta vía puede el hombre conocer algo sobre Dios y sus planes sobre el género humano, a saber: que el hombre es el único entre los seres abierto a la religión, dotado de inteligencia y capaz de probar que es inmortal. Tan grande es la criatura racional que nada que sea menos que Dios puede satisfacerla.⁶⁴

Pero para completar el cuadro falta señalar algo más. Según estos escritores todo lo dicho es valedero para la inteligencia humana como tal. La cual, según su concepción, se encuentra siempre interiormente iluminada por Dios. La revelación propiamente dicha (bíblica) no aparece sino en el plano de fondo. Por eso es necesario apelar a la palabra pronunciada directamente por Dios, quien por su misericordia se ha adaptado a la flaqueza del hombre para conducirlo sin coacción al Evangelio por medio de verdades ya conocidas (creación, providencia, inmortalidad); y sobre todo por la revelación del Antiguo Testamento, pues Dios es a la vez un educador y un médico.⁶⁵ Esta pedagogía divina, se aplica principalmente al pueblo judío, pero no únicamente a él. La misma se ensancha hasta el estadio primitivo del género humano, permitiendo que el conocimiento religioso vaya progresando paulatinamente a través de las diferentes épocas, siguiendo la progresión de las diversas edades de la humanidad.⁶⁶

Tales afirmaciones patrísticas, tan iluminadoras y sugerentes en

63. JUSTINO DE ROMA, *Apol. I*, 44. PG 6, 395; *Apol. II*, 13. Idem, 466.; TERTULIANO, *Apologeticus*, 17. PL 1, 376 ss.

64. LACTANCIO, *Div. Inst.*, 7, 9. PL 6, 765 ss.

65. GREGORIO NACIANCENO, *Orat.* 31, 25. PG 36, 160.

66. IRENEO DE LYON, *Adv. Haer.* III, 20, 2. PG 7, 943; SAN AGUSTÍN, *De Civ. Dei*, X, 14. PL 41, 292.

Pero, a fin de evitar equívocos, conviene mirar también el reverso de la medalla. Los Padres de la Iglesia primitiva se mostraron muy severos respecto de los cultos paganos, siguiendo en ello las huellas de San Pablo, según el cual, los paganos agradaron a Dios *a pesar de su religión* (errores, engaños, vicios, impulsos diabólicos, ídolos, etc.). En este sentido, Tertuliano, Atanasio, Lactancio y Cipriano se negaban rotundamente a admitir que el culto pagano hubiera podido servir de instrumento que llevara a los hombres a Dios. Los apologistas condenaron también con severidad la moralidad pagana (desenfrenos, malos ejemplos, prostitución, injusticias contra los débiles, prácticas del aborto, exposición de niños, etc.). Precisamente porque la idolatría y la corrupción de costumbres constituyen un mal generalizado, los Padres terminaban sus escritos exhortando a los oyentes a aceptar el Evangelio.

lo referente al tema que nos ocupa, aplicables tanto a los hombres de ayer como a los de hoy, quienes por diversos caminos, muchas veces ocultos y secretos, se han encaminado o se encaminan hacia el encuentro salvífico con Cristo, nos hacen tomar conciencia que “no podemos olvidar que la semilla ha sido sembrada para que germine, crezca y madure, del mismo modo que el parentesco con Dios debe dilatarse en amistad y la pedagogía del divino maestro nos ha de conducir a la edad adulta”. En otros términos: “la preparación evangélica no quita nada a nuestro deber misionero sino que lo hace más urgente. Todo lo que tiene oficio de preparación o de ayuda recibe su eficacia del advenimiento del reino de Dios.”⁶⁷

14. El repentino fallecimiento de Railef

El anciano Railef fue bautizado el 11 de agosto de 1874, seguido en la decisión por muchos miembros de la tribu, hombres y mujeres, sumándose buen número de niños; la bendición nupcial la recibió aquel mismo día, tomando como esposa a Bernarda Pereira (bautizada en Azul); y ambos, la primera comunión, el 2 de septiembre.

Los misioneros se despidieron de la comunidad indígena el 19 de septiembre en el transcurso de un parlamento donde el cacique renovó los agradecimientos al arzobispo de Buenos Aires, al párroco de Bragado, a los dos sacerdotes que los visitaron y a la familia Kavanagh, todos ellos responsables de aquella iniciativa apostólica, cuya primera etapa concluía con marcadas esperanzas de progreso y gran contento de la tribu.

Curiosamente Salvaire no emprendió el regreso solo a Buenos Aires (galera y ferrocarril), de donde partiría nuevamente a la misión de Azul. Lo hizo en compañía de Railef, movido éste por el ferviente deseo de completar la iniciación cristiana con la recepción de la confirmación que esperaba pronto recibir de manos de monseñor Aneiros.

Dada la edad y el estado de salud del cacique, Salvaire creyó conveniente realizar un alto en Luján, visitar el Santuario y alojar allí

67. G. PHILIPS, o.c., I, 268.

a su ilustre amigo, hasta tanto recobrar fuerzas. Debieron llegar a Luján entre el 22 y 25 de septiembre. Pero el noble propósito quedó de pronto frustrado a raíz de una repentina descompostura, la primera noche de la estadía, que se manifestó en hemorragias de origen pulmonar (pulmonía), que al repetirse en varias ocasiones impidieron la esperada recuperación.

Consciente de la gravedad de su estado, el día 27 hizo escribir al Arzobispo para anunciarle que no lo esperara en Buenos Aires, pues tenía la intención de regresar a su amada tribu para morir en compañía de los suyos; y, a su vez, recomendarle el cumplimiento de sus últimos deseos. Haciéndose entender como pudo, balbuceó la siguiente petición, que en la redacción del escribiente, presbítero Telésforo Baquero, párroco de 25 de Mayo, de paso por Luján, puede comprenderse con claridad:

“1º) que se nos proporcionen expresaba los auxilios espirituales próximos a nuestras pobres casas y familias por el establecimiento de una capilla y capellán en la estancia de D. Diego Cábana; [y] 2º) que uno de estos virtuosos misioneros sea nuestro padre espiritual, con especialidad el Padre Jorge María Salver de cuyas manos hemos recibido los sacramentos del bautismo y el matrimonio, y tantos otros beneficios, teniendo la grande satisfacción que ni una sola espiga queda en el campo, todo ha sido recogido al granero de la Iglesia. Estos son mis deseos y los de toda la tribu.”⁶⁸

El mismo Salvaire se encargó de comunicarle al Arzobispo el fallecimiento del venerable anciano, ocurrido en el Santuario la noche del 2 de octubre, habiendo recibido los sacramentos de práctica (confesión, unción y viático), que le infundieron la fortaleza y el consuelo indispensables para cerrar en paz sus cansados y opacos ojos, ya despojados prácticamente de la visión a causa de la progresiva ceguera. A su vez, eran de destacar las últimas palabras pronunciadas por sus mortecinos labios, dichas con toda claridad y confianza; “Acaban de decirme pronunció antes del postrer suspiro que una Señora venía a llevarme”.

Según el entender de Salvaire dicha expresión bien podía aludir a la dispensación de una gracia particular de la Virgen de Luján hecha

68. *Carta del Cacique José María Railef al Arzobispo Aneiros. Villa de Luján, 27 de septiembre de 1874, en COPELLO, o.c., 111-112.*

a la persona del cacique en aquellos preciso instantes, a fin de infundirle el ánimo necesario para afrontar la partida, premio evidente a sus desvelos por hacerse cristiano y vivir según la voluntad de Dios. Y agrega: “el venerable cacique D. José Ma. Railef ha rendido su bella alma al Señor a las 11½ de esta noche, Su muerte ha sido la muerte de un justo, santa y tranquila”.⁶⁹

De esta manera, sin estridencia alguna, en forma silenciosa y oculta, terminaba así a los pies de la Virgen de Luján la vida del famoso Railef. Un cacique sereno, templado y benévolo, firme y justiciero, de pura estirpe araucana, patriota decidido no bien pisó suelo argentino, reconocido, respetado y amado por toda su gente, de unos 75 años de edad, mostrando en su cuerpo, ligeramente encorvado, el paso del tiempo y los achaques de viejas enfermedades. Pero dando sobras muestras que su espíritu se mantenía inalterable en sus fibras más íntimas y, ante todo, agradecido a Dios por haberlo conducido a tiempo a las fuentes de la salvación.

CONCLUSIÓN

Las presentes reflexiones en torno a la teología de la gracia nos llevan a poner punto final al presente artículo reafirmando la respuesta que ofrecimos a las preocupaciones misioneras iniciales. Salvando las distancias de tiempo, lugar y maduración cultural (contexto histórico): ¿Por qué no incluir a Railef y a su tribu (al menos a buen número de familias) en el marco del señalado itinerario espiritual caminando hacia la plenitud de la verdad y la gracia evangélicas? Pensamos que en algunos aspectos es posible, prestando atención sobre todo al comportamiento ético del cacique (honradez, piedad, veracidad, preocupación por el bienestar del prójimo, cumplimiento de la ley natural, etc.); y con ello creemos no cometer ningún anacronismo histórico, como ya lo expresamos.

69. *Carta al Arzobispo Aneiros. Villa de Luján, 3 de octubre de 1874, ibid*, 114-115. Tras la celebración de los ritos funerarios, Railef fue sepultado en el cementerio existente junto al viejo Santuario. De inmediato Salvaire se propuso viajar a “La Barrancosa”, junto con los dos hijos que habían acompañado al cacique, a fin de consolar a su familia y exhortar a la tribu a la perseverancia en la vida cristiana.

El mismo Salvaire era consciente de estar en presencia de un gesto manifiesto de la pedagogía divina, expresión patente de la voluntad salvífica universal, que en el corazón de todos los hombres infunde deseos de salvación por caminos muchas veces secretos e incomprensibles, valiéndose para ello de la preparación evangélica. En esta oportunidad, hecha realidad en la inmensidad de la pampa argentina y en medio de una tribu pobre y disminuida, despojada de sus antiguas glorias, pero dirigida por un cacique noble y justo, “padre de todos sus indios”.

Este espectáculo conmovió las fibras más íntimas del misionero, viniendo a confirmar en su ánimo, meses después, la oportunidad de consignar por escrito los momentos más importantes de la misión del Bragado, tal como se lo había solicitado su cohermano, el P. Georges, por entonces párroco de Luján:

“Mi querido amigo, yo le digo sinceramente que este conmovedor espectáculo de la misericordia de Dios ejercido a favor de esos pobres infieles pesó mucho en la determinación que tomé de permitirle enviar mi pequeño trabajo a París. Me parece que si está destinado a ser publicado, los piadosos lectores de nuestros *Anales* se consolarán leyendo esos nuevos testimonios de la inagotable misericordia de nuestro divino Maestro; y quizás estas pobres páginas contribuirán a encender en algunos de nuestros cohermanos el deseo de consagrarse a estas misiones indígenas que, si son bien conducidas y favorecidas, prometen dar abundantes frutos de salvación”.⁷⁰

JUAN GUILLERMO DURÁN
FACULTAD DE TEOLOGÍA UCA
03-03-2016/10.11.16

70. MTR, fols. 4-5.